

## LA ILUSTRACIÓN A FINES DEL ANTIGUO RÉGIMEN. VIAJE DE SIMÓN ROJAS CLEMENTE AL REINO DE GRANADA: LA AXARQUÍA ALMERIENSE (5-29 MAYO 1805). [2ª PARTE]: DE GARRUCHA A LUBRÍN, CON PARADA EN ALBOX

ANTONIO GUILLÉN GÓMEZ  
*Historiador*

### I. SALIDA DE GARRUCHA Y PRIMERA ENTRADA, CON PERNOCTA, EN LA CIUDAD DE VERA (7 DE MAYO)<sup>1</sup>

La jornada de hoy se presenta con ciertos visos de comodidad y relajo. Y ello es así, porque la distancia que media entre la costera Garrucha y la ciudad de Vera, tierra adentro, apenas sobrepasa una legua de camino, marcada ésta, además, por un trazado planísimo sobre la espléndida llanura que flanquean dos cadenas de elevadas montañas, como sin duda lo son las sierras de Cabrera y Almagrera; pero aquí, a ras del suelo, sólo queda interrumpida la monotonía ambiental por unos pequeños cerrillos de poca monta. No obstante, por insignificantes que sean, estas alteraciones quedarán reflejadas en el cuadernillo de notas que, sin tregua ni desmayo, el viajero va pergeñando sobre la marcha. Esto, en definitiva, quiere decir que el desnivel acumulado que presenta el trayecto, Garrucha-Vera, se cifrará en unas cien varas, las cuales comenzarán a sentirse de manera más contundente, a medida que el camino se aproxime a su final: la ciudad de Vera.

Apenas consumido el primer cuarto de hora de andadura, se atraviesa una discreta algaida, en la que el estudioso Clemente descubre varias especies vegetales dignas de consideración; entre ellas, algunas de las ya reseñadas anteriormente, a su paso por el lugar de Roquetas; aparte del *aizoon* (que aquí llaman «garula») y la *mesembrianthemum*. Estas últimas no dejarán ya de ser fieles compañeras de viaje, hasta penetrar en el pueblo de Vera. Un caserío, por cierto, que, a la mitad del camino,

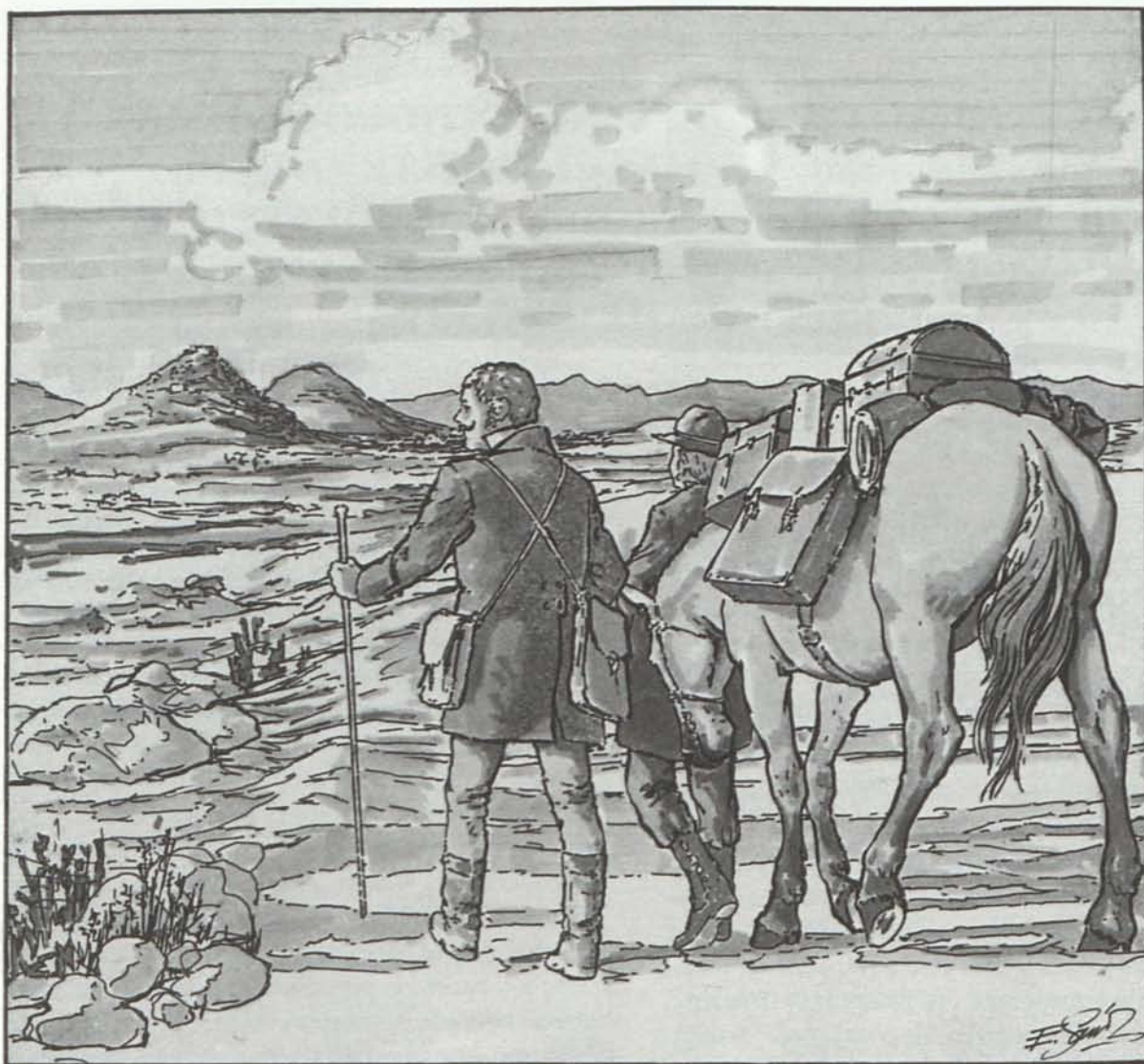
algo más de media legua andada, comienza a descollar a lo lejos, con sus célebres terrados de atrevido color rojizo; y así lo verifica el propio Clemente: «*en Vera hay muchísimo terrado de la tierra roya que llaman en el País, nombre que conviene bien a la usada en Vera, porque efectivamente es roja*»<sup>2</sup>. Es este el momento, también, en que surgen los primeros problemas logísticos del día. Y con carácter irrevocable: el bagajero que hoy ha tocado en suerte aporta un borrico, tan enclenque y famélico, que, a cada zancada, amenaza con caer desplomado en tierra, destrozando el equipaje. El resultado no se hace esperar: antes de haberse vencido totalmente la primera mitad del camino, Clemente opta por despedir al burro y al burrero<sup>3</sup>. No obstante, estos contratiempos no logran desviar su atención ni un ápice del auténtico motivo de la expedición: el estudio riguroso y exhaustivo del medio que le circunda.

Precisamente, cuando se llega a esta mitad del trayecto, el viajero queda gratamente sorprendido por la presencia de un banco de piedras negras, que, superando a veces las dos varas de grosor, flanquea el camino por su lado izquierdo. El color insólito

<sup>2</sup> Ibidem, p. 199. La «tierra roya» es usada todavía en la región veratense para cubrir techumbres, debido a sus excelentes propiedades de impermeabilidad. Vid. LAHORA CANO, A.: «Evolución del paisaje vegetal de la Sierra Cabrera y su entorno», en *Axarquía*, n.º 2, 1997, p. 111.

<sup>3</sup> Ya vimos en la primera parte de este trabajo (*Axarquía*, n.º 7, año 2002, p. 51), los problemas ocasionados por la injusta puesta en práctica del impuesto de Utensilios y Bagajes. Y, especialmente ahora, en un tiempo de penurias generalizadas, como las que se viven a estas alturas del año 1805. Clemente sufrirá en su propia carne estas injusticias del sistema impositivo. Los frecuentes lamentos al respecto quedan reflejados en sus apuntes de viaje, aunque siempre encuentre un indulgente perdón final para la mísera población obligada a satisfacerle. Ya lo dijimos: eran tiempos de hambruna, en que los obligados contribuyentes apenas disponen de medios para subsistir.

<sup>1</sup> A.J.B.M. Fondos de Simón de Rojas Clemente (I, 54, 2), pp. 199-201.



Rojas Clemente con su ayudante en el camino de Garrucha a Vera. (Dibujo de Emilio Sánchez Guillermo)

del banco pétreo, en medio de un panorama de intensas y cegadoras coloraciones mediterráneas, se hace demasiado atractivo, en sí mismo, como para pasarlo por alto. Así, pues, ni corto ni perezoso, el animoso viajero abandona el camino real y se dedica a la investigación inmediata del hallazgo; es decir, de la cadena de pequeños montículos sobre los que descansan las llamativas piedras negras: «Volamos a reconocer el terreno — escribe Clemente — y hallamos que la roca negra cubre una serie de cerrillos que se prolonga en la dirección del camino por el espacio de un cuarto de hora, teniendo de travesía o ancho dos tiros de bala excepto por la punta o extremo que mira a Vera donde se adelgaza mucho»<sup>4</sup>. Estos cerritos, bastante chatos y cuyo color les hace destacar desde lejos, apenas superan, en sus cotas más elevadas, las 30

varas de altitud sobre el nivel del camino, o las 60 varas sobre el nivel del mar. En cuanto a su composición y extraña morfología externa, luego de una no muy rigurosa inspección, Clemente llega a la conclusión de que los cerros negros no tienen de este color más que la costra más superficial, pues su interior es arenisco o margoso-arcilloso: «De hay es que en la roca negra se ven vetas de marga arcillosa a veces muy endurecida y con pedernal, y también de arenisca y de espato calizo delgadas»<sup>5</sup>. Y de la misma composición parecen ser otros cerritos parduscos que paulatinamente alternan con los negros, lo que ocasiona a sus pies erosionados un extenso terreno de labor arenisco-margoso-arcilloso, a veces sembrado de cereales. Algo que, en cierto modo, hace recordar otros parajes del levante granadino. En efecto: «este llano tiene bas-

<sup>4</sup> A.J.B.M. (I, 54, 2), pp. 199-200.

<sup>5</sup> Ibidem, p. 201.

tante semejanza con la hoya de Baza, de que difiere por tener mucha más arena, mucho menos yeso y ser menos blanco, pues su marga y arenisca son amarillentas»<sup>6</sup>. Pero, en cualquier caso, el misterio de las extrañas piedras negras no podrá ser desvelado hasta una mejor ocasión: «¿y qué son estas piedras negras? —se pregunta intrigado el viajero—. De todas las variedades que vimos colectamos muestras y su inspección decidirá cuando se estudien»<sup>7</sup>.

Naturalmente, también aprovecha el viaje para coleccionar las diferentes especies botánicas que la primavera hace brotar con fruición por todas partes. Así pues, a las ya citadas anteriormente, cabe añadir ahora otras plantas como el albardín, la boja, el gran cártamo común, etc. En su mayor parte, estas variedades aparecen en plena floración, lo que unido a que los sementeros, especialmente el trigo, se muestran ya muy adelantados, «me inclinan a pensar —razona nuestro viajero— que este terreno es tan temprano o más que el C. (de) Gata»<sup>8</sup>. No se olvide que estas reflexiones se realizan el 7 de mayo.

Así, sin más contratiempo, el viajero se introduce en la ciudad de Vera, lugar que podría ser considerado como la capital de la antigua Axarquía y en el que piensa pernoctar sólo una noche, antes de proseguir la ruta trazada. Porque parece impulsarle un corrosivo interés por llegar cuanto antes a Lubrín, patria del Abad Navarro; un personaje al que el naturalista Clemente admira y sigue sin reservas, como tendremos ocasión de demostrar. Pero antes que otra cuestión, ahora, en Vera, urge encontrar posada. El eterno problema del impuesto de Utensilios y Bagajes, que aquí se hará cruda realidad, una vez más. En su segunda y definitiva arribada a Vera, que se iniciará el próximo 17 de mayo, Clemente se hará eco de la desagradable situación vivida en su visita anterior, la del siete de mayo, que es justamente la que glosamos ahora: «En el alojamiento que habíamos tenido la otra vez en Vera nos habían llenado de piojos y usado de nuestro aceite. Esto último no extrañaba pues ya otras veces nos habían bebido el vino y usado de nuestros comestibles y bienes como si fueran comunes, y aun tratado de quedarse con los no comunes. En un año de tanta hambre que las yerbas nunca comidas —en Vera como tienen playa comen pocas yer-

bas, mas sí hinojos y cardillos<sup>9</sup>— han sido el alimento casi único de muchos y en un País tan «imoral (sic) pasábamos por alto todo esto»<sup>10</sup>.

## II. DE VERA A ALBOX (8 DE MAYO)<sup>11</sup>

La ruta programada para hoy tal vez resulte algo pesada, pero no difícil. Pesada, por su largo recorrido: las cinco leguas que separan a Vera del enclave de Albox, pueblo ribereño al Río Almanzora. Pero no será difícil, por cuanto el trayecto se realizará sobre el trazado del Camino Real que enlaza la costa con la ciudad de Baza. Cinco leguas, en fin, «que como son de un camino muy llano no parecen largas: parece que apenas se sube, sino lo necesario del declive para que corran las aguas del río Almanzora, lo que no llegará a 500 varas sobre el mar»<sup>12</sup>. El camino, árido generalmente en sus comienzos, poco a poco se irá convirtiendo en ameno y curioso, en la medida en que se vaya aventurando por intrincados vericuetos serranos, en cuyo fondo, no lejos de allí, se presienten las aguas, muchas veces turbulentas, del Almanzora. En efecto, andadas ya sus buenas dos leguas y cuarto, aproximadamente, la llanura primigenia comienza a estrecharse, por la aparición, a la izquierda, de unas serratillas calizas y cónicas, que parecen desgajarse de la Sierra de Filabres. Estas angosturas, un cuarto de hora antes de llegar a la pintoresca vista de Palacés, casi agargantan el camino. Un abrupto desfiladero, en fin, que tiene su desnivel máximo en el conocido Puerto de la Vallagona (Ballabona), donde parece establecerse el punto de separación entre la Sierra de Almagro y un ramal de la de Filabres. «Pero en Palacés —nos dice Clemente— se dilata otra vez la llanura desembarazada de serratillas mezquinas y así sigue dilatándo-

<sup>9</sup> También a su paso por los Vélez, Clemente hará mención del hambre y la carestía reinantes, lo que ha motivado que sirvan de alimento yerbas silvestres nunca comidas anteriormente. Así las «habillas presoleras» o guisantes (chícharos). Vid. GUILLÉN GÓMEZ, A.: «Viaje del naturalista Simón de Rojas Clemente al Reino de Granada: la Comarca de los Vélez», en *Revista Vélezana*, n.º 15, 1996, p. 77.

<sup>10</sup> (I, 54, 2), pp. 239-240. Evidentemente, como queda aclarado en otros pasajes de sus apuntes, Clemente no pretende subestimar a los habitantes de las tierras visitadas. Antes al contrario, se refiere a ellos, como a sujetos pasivos de una coyuntura desesperada. Por ello se hace cargo de la injusta situación y perdona siempre el modo de actuar de esta pobre gente, nunca derivado de la simple picaresca, sino de la más acuciante y triste necesidad de sobrevivir.

<sup>11</sup> Al contrario que en otros itinerarios, Clemente no fija en este caso la fecha explícita en que tiene lugar este viaje; pero aquélla queda suficientemente determinada en el contexto general de los apuntes.

<sup>12</sup> (I, 54, 2) p. 211.

<sup>6</sup> Ibidem.

<sup>7</sup> Ibidem, p. 200.

<sup>8</sup> Ibidem.

se hasta más arriba de Albox, cortada por grandes ramblas y profundos barrancos quales deben serlo en una formación toda submarina»<sup>13</sup>. Palacés, pues, es la primera gran sorpresa que la jornada le depara al intrépido naturalista, cuando se llevan andadas sus buenas dos leguas y media, partiendo de Vera, y tan sólo ya a media legua de Zurgena, sobre poco más o menos. Profundamente impresionado, no renuncia a describir este inesperado vergel: «es una hermosa llanura de regadío poblado en gran parte de olivos y llena de verdor que cultivan unos 40 ó 50 cortijos dispersos por ella: como veníamos de un distrito tan seco desde Vera es inexplicable la deliciosa sorpresa que nos causó ver a Palacés. Desde Vera habíamos venido cruzando una vasta y árida llanura aunque cultivada en parte y con raros cortijos inhabitados o caídos casi todos, llena de esparto, albardín, tomillo, bojas y romero por lo común, interrumpida solo por pequeños cerros arenisco arcillosos y pudingales»<sup>14</sup>. Palacés, por ende, desde el punto de vista agrícola, es un ejemplo de racionalidad y de bien aprovechar el medio. Una espléndida llanura verde, limitada por la Sierra de Filabres, «que tan indignante. sitúa López» —apostilla Clemente<sup>15</sup>—, por la sierra de Oria y algunas otras, todas sensiblemente más bajas que la de Filabres.

A algo más de media legua de Palacés y a tres de Vera, se encuentra la Villa de Zurgena. Situada justamente en la ribera del río Almanzora, «Zurgena está metida entre unas terreras blancas que sin embargo parece no perjudican a la vista y ellas lo ocultan excepto por el lado del río»<sup>16</sup>. Cuenta con

<sup>13</sup> «en que domina —prosigue Clemente— la arena, hay muchas conchas y algún depósito de arcilla o greda bastante puros y mucha pudinga de cantos primitivos y calizos con conchas floximante. reunidos por la arena arcillosa». Para el estudio en profundidad de la Sierra de Filabres y de la cuenca del río Almanzora, Clemente tiene presentes, sobre todo, los trabajos manuscritos realizados por el Abad Navarro, quince o veinte años atrás. Estos trabajos le han sido proporcionados al naturalista viajero por los amigos del difunto Navarro, en Baza. Es decir, por el Maestrescuela Álvarez Gutiérrez y los hermanos Zenteno. El propio Clemente inserta parte de estos trabajos en sus apuntes, copiados al pie de la letra. Entre otros, *Viaje a la Sierra de Filabres y a la Tetica de Baza*, (I, 54, 4, pp. 27-38), *Extracto del Abad Navarro* («Cartas o Paseos de 1789») (I, 54, 4, pp. 154-161), etc. Cfr. GUILLÉN GÓMEZ, A.: *Ilustración y reformismo en la obra de Antonio José Navarro, Cura de Vélez Rubio y Abad de Baza*, I.E.A. y *Revista Velezana*, 1997; y *Viajes de un naturalista ilustrado por los reinos de Granada y Murcia. Antonio José Navarro*, con prólogo y notas de Javier Castillo Fernández, Universidad de Murcia, 2000.

<sup>14</sup> (I, 54, 2) p. 211

<sup>15</sup> Tomás López es el gran geógrafo del último cuarto del siglo XVIII. Autor de numerosos estudios y cartas geográficas, llenas de errores, según Antonio José Navarro y su seguidor Clemente. Al menos, en lo que atañe a sus estudios del Sureste.

<sup>16</sup> (I, 54, 2) p. 213.

unos quinientos vecinos, los cuales mayoritariamente viven en casas edificadas a la vera del río, pues, pese a contar el municipio con buenas terreras en su entorno, éstas son demasiado areniscas y flojas, lo que impide que pueda excavarse en ellas ninguna cueva-habitación. Al contrario que en Vera, aquí —como en Albox y en Lubrín— no coronan sus edificios con terrados de tierra roya o de launa, sino con tejados. La ocupación principal de sus habitantes es la agricultura, aunque sus terrenos de regadío se limitan a una estrecha franja de vega, extendida a ambas orillas del río. Tiene en uso, eso sí, una buena Fábrica de Salitre, al disponer de abundante sal en sus alrededores. Pero otra vez nos encontramos aquí con el problema de los alojamientos. Es medio día y el comisionado real se dirige a las autoridades para solucionar el necesario condumio. Y, según el propio Clemente, éste es el resultado: «Pedimos al Alcalde de Zurgena que nos busque casa donde hacer comida, y no solo no cae en brindarnos para esto con la suya, si que se resisten a admitirnos en la otra a que él nos lleva»<sup>17</sup>.

De Zurgena a Arboleas hay una larga legua de camino. Clemente, en principio, intenta modificar este último topónimo, convirtiéndolo en Arboleadas, pues considera que el primero no es más que una degeneración vulgar del verdadero nombre. Al final, acaba aceptando la evidencia y escribiendo el topónimo como debe ser: Arboleas. «Hasta Zurgena no se toca el río Almanzora que se deja luego a la izquierda en Arboleadas: uno y otro pueblo están a su misma orilla y en el último se pasa por un malísimo puente. Desde el 1º al 2º se pasa varias veces el río, si no se quieren cruzar por una vereda indigna barrancos y terreras. Así en Ymbierno imposibilita o dificulta el río mucho el paso a los caminantes»<sup>18</sup>. Arboleas cuenta con unos 300 vecinos, que han logrado imponer su carácter industrial a la agricultura, su principal riqueza. Y así lo confirma el viajero ilustrado: «Causa placer el observar el terreno corrido hoy<sup>19</sup>, está bastante cultivado y lleno de cortijos con sus fuentecillas, aunque no se dude pudiera cultivarse aún más, especialmte. algunos pedazos que llevarían bien la vid, planta injustamente. descuidada en estos Pueblos por más que les gusta el vino, que pagan caro y que pudieran coger para vender ellos y mejor

<sup>17</sup> Ibidem.

<sup>18</sup> (I, 54, 2), p. 212.

<sup>19</sup> Se refiere concretamente al recorrido realizado el 11 de mayo, ya de vuelta de Albox.

que el que beben (traido mucha parte de Baza) en el terreno inculto que tienen, el mejor precisamente para viñas ¡quán preferible a las viñas regadas de Baza!»<sup>20</sup>. Gracias a unas pequeñas obras de ingeniería —las cimbras— estos agricultores de Arboleas han conseguido aumentar sus tierras de regadío. E incluso se lamentan de la falta de los capitales necesarios, para proseguir construyendo cimbras, con lo que aumentarían los obvios y fáciles descubrimientos de aguas, y, consecuentemente, las tierras cultivables. «El Arroyo del Aceytuno vale mucho —prosigue Clemente— pues hay en él mucho cortijo, se coge mucho trigo y tiene bastante regadío por las cimbras que hay en él: A poco que caben en su madre hallan agua que encaminan a donde ha de servir y hasta sacarla de la rambla la cimbran o ponen una cimbra, que es cubrirla de calicanto para que las avenidas no la aterren. Así los buenos vecinos de Arboleas, dueños de este arroyo, en los años, muy raros por fortuna, en que el agua del río Almanzora ya no llega a su vega, rascan en su ancho cauce (que tanto dilata el traidor río a expensas de la vega y con llanto de los vecinos) y dirigen el agua, que encuentran al instante, a su vega sin necesitar de cimbra»<sup>21</sup>.

A una hora de camino de Arboleas se encuentra el cerrillo de Limaria (o Limera), que, a pesar de sus insignificantes 15 varas de elevación y de sus 300 pasos de circunferencia, está constituido todo él de excelente yeso especular, produciendo unos cristales exquisitos, debido a la mucha «traslucencia» que ofrece: «Dicen que de él se pueden sacar tablas de cuatro varas en cuadro y más». En el centro del cerrillo, orientada al norte hay una cueva antigua, «que baxa inclinada, que hicieron sin duda para sacar yeso, con el que según la tradición se enlució la Catedral de Granada. Cerca de este cerrillo hay otros muchos en que abunda el yeso compacto común y la variedad suya que llaman yeso marmoleño»<sup>22</sup>.

Ni que decir tiene, en este largo camino de Vera hasta Albox, Clemente no ha perdido el tiempo. Aparte de las flamantes impresiones visuales ya apuntadas, su vocación de mineralogista y de botánico también ha quedado suficientemente recom-

pensada, con los descubrimientos y muestras obtenidas. En cuanto a los minerales colectados, cabe citar, especialmente, el yeso fibroso, cantos de pizarra y cuarzo, un hermoso granitino, granates, blenda córnea, sienito, mármol, jade, serpentina, etc. Del mismo modo, las especies botánicas han sido variadas y abundantes<sup>23</sup>. Por sus valores terapéuticos, citemos en primer lugar la *perniaria hirsuta*, que en Albox llaman «yerba de heridas», porque cicatrizan éstas, aplicando a la parte dañada unas ramitas de la citada hierba fresca o los polvos resultantes, tras haberla secado y molido; también son frecuentes la rubia, las chumberas y pitas, la caléndula o «tetilla de gallina», la adelfa o baladre, en los fondos de las ramblas, que ahora, por cierto, comienza a florecer; el granado silvestre, la borraja, varias clases de bojás, el cambrón, con el que hacen en estos pueblos las mejores cercas, la taponera, etc.<sup>24</sup>.

### III. LA VILLA DE ALBOX (9 Y 10 DE MAYO)

A lo largo de la tarde del 8 de mayo, Clemente llega al pueblo ribereño de Albox, donde probablemente permanecerá hasta el próximo día 10. Parece activarle una verdadera ansiedad por entrevistarse con el vicario de esta parroquia, don Bartolomé Cervantes, un auténtico clérigo ilustrado, uncido, desde sus años mozos, a la tutela magistral del difunto Abad Navarro, al que le unían, además, íntimos lazos de parentesco. La fama intelectual del vicario se extendía ampliamente por todo el partido de Baza y por toda la diócesis de Almería. Ya desde sus comienzos, siendo clérigo en Vera, dio muestras de la inquietud ilustrada que alentaba sus quehaceres, intentando mil experimentos: «en Vera —nos cuenta el propio Clemente— sembró el cura actual de Albox un celemín de cevada a hoyo, metiendo en cada uno de estos los granos que podía con tres dedos: el tal celemín dio veintiuna fanegas»<sup>25</sup>. En otro orden de cosas, también aguarda al viajero en Albox una grata noticia: «aquí cobré la mesada que cumplió en 12 de abril».

<sup>23</sup> Dado el carácter divulgativo de este trabajo, renunciamos a incluir en él la larga y exhaustiva enumeración de las plantas halladas en los diferentes trayectos que completan el viaje a la Axarquía. Como quiera que el investigador Gil Albarracín tiene preparada y a punto de edición una transcripción integral del viaje de Clemente al Reino de Granada, a dicha publicación remitimos al lector interesado en estas cuestiones.

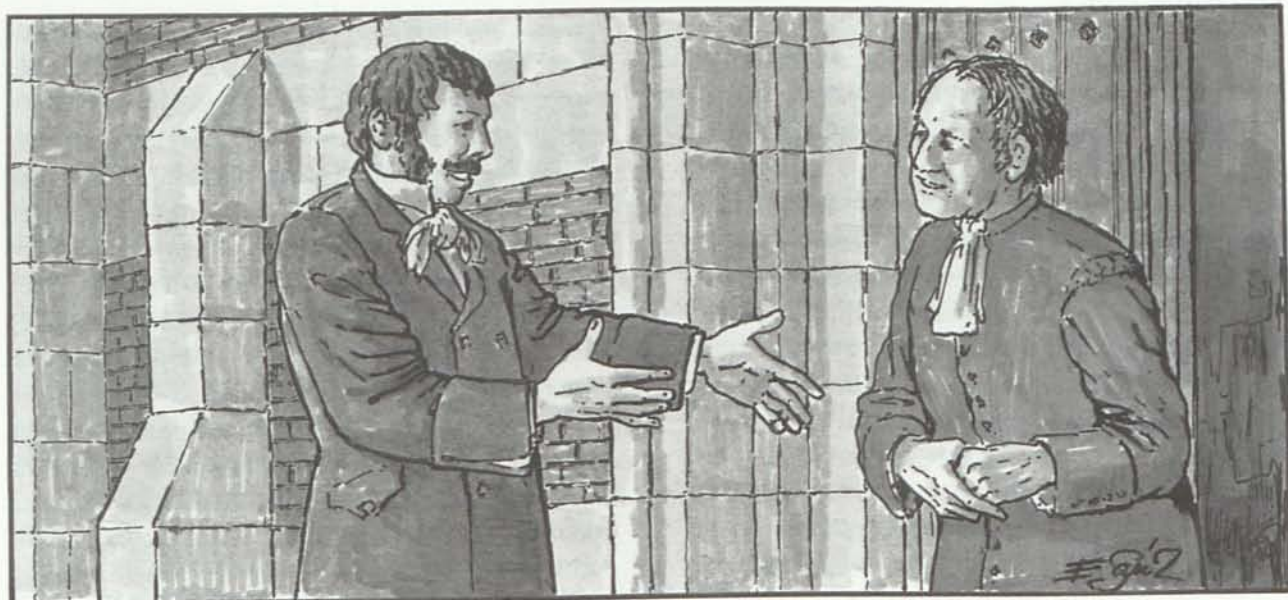
<sup>24</sup> (I, 54, 2), p. 210. «En Albox llaman tapenera y alcaparra al capparís... y tapena o alcaparra a su flor no abierta, que comen así como al alcarrón y al tallo de la planta tierno».

<sup>25</sup> Ibidem, p. 210.

<sup>20</sup> Una vez más, Clemente recoge las mismas quejas expresadas años atrás por el Abad Navarro: la necesidad de promover el cultivo de la vid en el Río Almanzora y el despilfarro que supone dedicar los buenos regadíos de la Hoya de Baza (Baza, Orce, Huéscar, etc.) a la plantación de viñas.

<sup>21</sup> (I, 54, 2) p. 222-3.

<sup>22</sup> Ibidem, p. 202.



Rojas Clemente visita al vicario de la parroquia de Albox, Bartolomé Cervantes, ilustrado de reconocido prestigio intelectual en todo el partido de Baza. (Dibujo de Emilio Sánchez Guillermo)

Albox se repobló en 1572, tras la expulsión de los moriscos, con 64 vecinos, en gran parte provenientes de Valencia y de Murcia. Esta es la razón, apunta Clemente, de la gran cantidad de voces y de costumbres propias de aquellas regiones, que aún perduran en la cotidianidad de esta gente<sup>26</sup>. Ahora supera las mil trescientas familias, cerca de la mitad de las cuales habitan en el Barrio de San Francisco, al otro lado de la rambla. Muchos viven también en cortijos diseminados por el accidentado término municipal. Y, por extraño que parezca, su población va en rapidísimo aumento, especialmente la del Barrio, en torno al Convento de los frailes franciscanos: «veinte y dos años ha tenía este barrio 220 vecinos, ahora tiene 400»<sup>27</sup>. Dispone también esta localidad de un discreto «hospitalito», dotado con 18.000 reales de renta anual; de un maestro de gramática y otro de primeras letras; todo lo cual parece imprimir a esta comunidad rural una cierta superioridad sobre sus convecinos. Y una nota curiosa que llamó poderosamente la atención del viajero, al cruzar el río: «Las mujeres lavan metidos los pies en el agua»<sup>28</sup>. Pero así, cazada a vuelapluma, no es la única pincelada impresionista e incluso etnográfica que nos ofrece, pues inmediatamente después, añadirá: «En el río Almanzora me parece la gente notablemte. más hermosa y bien

formada que en la costa. En uno y otra tejen las mujeres y no los hombres, cada una por lo regular la tela de su casa»<sup>29</sup>. Y una pincelada costumbrista más, casi general a toda la Axarquía: «en la vuelta que acabamos de hacer por Albox notamos lo que ya antes en Vera y desde Carboneras acá: que aunque los Padres no sean del todo pobres y aun los Padres ricos, a veces no ponen a sus hijos pequeños mas que una camisa regularmte. corta: así los vemos frequentemte. por la calle y aun a veces del todo desnudos»<sup>30</sup>.

Gran parte de esta población que decimos se ocupa en la agricultura, pues este municipio dispone de unas condiciones envidiables para ello. Y lo serían mucho más, si se explotasen racionalmente todas sus posibilidades, por ejemplo, plantando los secanos de viñas: «así no tendría la preciosa jurisdicción de Albox un palmo de tierra que no rindiese precioso fruto, principalmte. si a esto se añadía el aprovechamiento de todas las ricas aguas que tienen. Actualmente su rica vega se extiende a uno y otro lado de la rambla por el espacio de 4 leguas, con un ancho muy vario que nunca pasa de un cuarto de legua. Las aguas que nacen a uno y otro lado de la rambla fecundan esta vega, todas exquisitas para beber»<sup>31</sup>. Naturalmente, también serían necesarias medidas institucionales, como la desamortización de 1798, por ejemplo, de tan felices

<sup>26</sup> Vid. ABELLÁN PÉREZ, J.: «Algunos aspectos socio-económicos de Albox a través de su libro de Apeos», en *Roel*, nº 1, 1980, pp. 43-57.

<sup>27</sup> *Ibidem*, p. 207.

<sup>28</sup> *Ibidem*.

<sup>29</sup> (I, 54,2) p. 215.

<sup>30</sup> *Ibidem*, p. 244.

<sup>31</sup> *Ibidem*, p. 205.

resultados, según Clemente, (y según sus fuentes de información locales, el vicario don Bartolomé Cervantes, y el ilustrado escribano, don Pantaleón Romero, «*sugeto apreciable*»): «*Los bienes de manos muertas no dan casi nada, y es muy sensible en Albox la ventaja que ha producido la venta de los vendidos*»<sup>32</sup>. También habría que modernizar o flexibilizar los arcaicos métodos agrícolas, y los edictos a veces absurdos: «*enorme abuso en Albox y estos pueblos es no escardar o no quitar absolutamente la yerba a los sembrados. La Justicia prohíbe ahora que nadie les quite yerba, y los Pobres que van a cogerla para vender a los arrieros, aunque pisan el sembrado que está ya tan adelantado, motivo de la prohibición, todavía le hacen mucho beneficio... Escardando el sembrado no es menester hechar tanta semilla para lograr más cosecha, y con el ahorro de semilla se puede costear el escarde. Siémbrese temprano aunque no llueva; así el hielo hallando la planta bien arraigada no perjudicará tanto a la planta*»<sup>33</sup>. A pesar de los pesares, la agricultura no proporciona trabajo para todos los brazos, ni para todo el año. De ahí la importancia que aquí alcanza el verbo «*jornalear*», sinónimo de emigrar temporalmente, en busca de faena: «*Van los de Albox, Lubrín, etc a segar a Xerez de la Frontera, Arcos y por allí, Reinos de Jaen y a Cartagena y su campo: también a arar con sus pares y a trillar con sus pares y trillos. No por esto falta gente para las labores del País que nunca pueden emplearlos a todos. Muchos se quedan por allá a pasar jornaleando todo el invierno. Los del Río Almanzora, pues, Sierra de Filabres y Alpuxarras son jornaleros universales*»<sup>34</sup>.

Esto no obsta, tampoco, para que una gran parte de los vecinos de Albox se ocupen en otros rentables oficios, como la alfarería, con diez talleres en plena producción, o la carpintería: «*La alfarería y carpintería son dos artículos importan-*

<sup>32</sup> Ibidem, p. 202. En 1798 se puso en marcha la llamada Desamortización de Godoy; es decir, la decisión gubernamental de vincular el pago de la deuda pública con la desamortización de ciertos bienes de naturaleza eclesiástica o municipal. No conocemos ningún trabajo sobre la incidencia directa de esta medida sobre los pueblos del Almanzora, pues los de Navarro Godoy y González de Molina se limitan a otras épocas concretas. Vid. NAVARRO GODOY, M.: *La desamortización de Mendizábal en la provincia de Almería (1838-1849)*, Almería, 1987; GONZÁLEZ DE MOLINA NAVARRO: «Consecuencias sociales y económicas de la desamortización en el Trienio Liberal en Granada y Almería», A.H.M. y C. Nº 7, Granada, 1980. Como introducción general, véase HERR, R.: «Hacia el derrumbe del Antiguo Régimen: crisis fiscal y desamortización bajo Carlos IV», *Moneda y Crédito*, nº 118, Madrid, 1971.

<sup>33</sup> (I, 54, 2), pp. 210 y 216.

<sup>34</sup> Ibidem, p. 217.

*tísimos de industria en Albox: la primera dicen que sustentará 300 personas y no muchos menos la segunda. Las tinajas son la principal manufactura que surte a muchos pueblos. ( Y las tejas). Así en Albox aunque tiene tierra roya, todo son tejados: y como no les falta yeso ni cal, no usan tampoco cuevas, aunque podrían hacerlas en sus terreras, que, sin embargo son mucho menos a propósito para esto que las de la hoya de Baza*»<sup>35</sup>.

Entre los cultivos más apreciados aquí, cereales aparte, hay que hablar de los olivos, un producto —la aceituna— que abunda en este municipio, al igual que en otros muchos del Almanzora. Sin embargo, su explotación está sometida al irremediable problema de la vecería. Así lo explica Clemente: «*el olivo en este País da un año sí y otro no, al año en que da llaman año de quila y en este año no conviene plantar porque desubstanciado por el fruto o parto abundante el árbol no deja en las ramas vigor con que brotar plantados. Esta observación de que no se hace uso es de un viejo agricultor de Albox y comprobada por su Vicario*»<sup>36</sup>. También va en aumento el cultivo de la vid, al paso que las viñas se plantan generalmente en los regadíos, «*movidos por el valor que tiene el vino ordinario y lo mucho que dan las viñas regadas. ¡Pero ya se guardarían de cometer este disparate económico, que ahora les trae tanta cuenta, si se plantase de vides todo el secano que las llevaría muy excelentemente*»<sup>37</sup>. Aunque tal vez, el producto estrella de estos campos no sea otro que los higos: «*La higuera, árbol precioso por lo bien que nutre a hombres y puercos se propaga ya en los terrenos más inútiles, dando muy bello fruto, especialmte. en la variedad negra que llaman Ángela de Martos*»<sup>38</sup>. Las higueras constituyen una especie arbórea bien aclimatada a estos terrenos, llegando alguna de ellas a dar un fruto que supera los cien reales. Y tal vez pudieran ser más productivas, si se les pusiera —como ocurre en Vera, sin ir más lejos— «*cabrahígos*» a las higueras. Un procedimiento de reconocida efectividad, en cuanto a la presencia y abundancia del fruto. Por eso los higos de Vera son mejores que los de Albox<sup>39</sup>. En fin, como norma

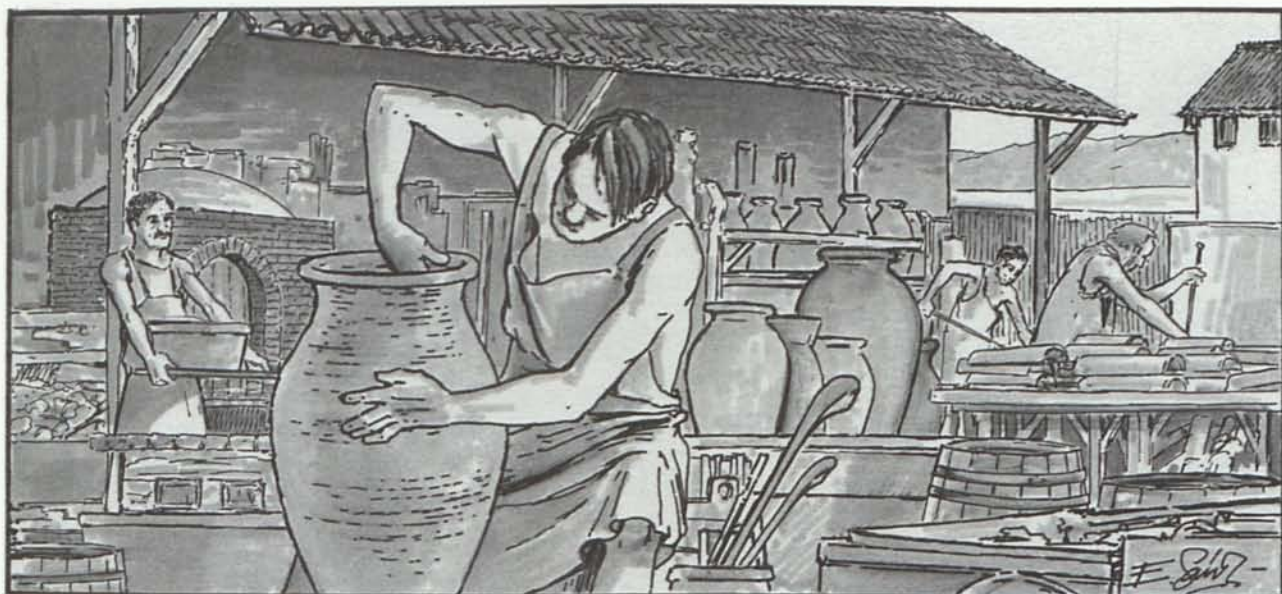
<sup>35</sup> Ibidem, p. 204.

<sup>36</sup> Ibidem, p. 216.

<sup>37</sup> Ibidem, p. 205.

<sup>38</sup> Ibidem, p. 205. Otras especialidades cosechadas aquí son: verdales y de molla encarnada, brevaes, martinencos, rocaris, lecheros, orihuelos, etc. Estos últimos, muy buenos para secar.

<sup>39</sup> Según el diccionario de la Real Academia Española, «*Cabrahigar: Colgar sargas de higos silvestres o cabrahígos en las ramas de las higueras, con lo cual se cree que, por mejor fecunda*



Actividad cotidiana en una alfarería de Albox. En el tiempo que Rojas Clemente visita la villa funcionaban diez de estos talleres. (Dibujo de Emilio Sánchez Guillermo)

general, «el cultivo de frutales se extiende en Albox rapidísimamente, de pocos años a esta parte»<sup>40</sup>.

Una de las excursiones irrenunciables, durante la estancia en este pueblo, será la realizada a los yacimientos de carbón de piedra. Estos yacimientos fueron descubiertos hace ya muchos años por el actual vicario, don Bartolomé Cervantes. El propio Antonio José Navarro, abad de Baza, habló de ellos en un informe remitido a los Reales Consejos, el 4 de mayo de 1787<sup>41</sup>, e incluso fueron objeto de una memoria, leída a lo largo del año citado, en la Sociedad Económica de Amigos del País de Baza<sup>42</sup>. Pero, según nos informa Clemente, siempre tutelado en este asunto por el Vicario de Albox, son muchos los bancos que de este mineral aparecen diseminados por todas partes. De ellos recolecta algunas muestras en los barranquitos que socavan los bajos del viejo castillo y las ruinas de la primitiva población de Albox, un lugar situado al O.S.O., a un cuarto de legua del pueblo actual. Asimismo, aparecen muestras en algunas terreras anejas a la rambla, cerca ya del casco urbano, un lugar donde también ha encontrado el citado vicario algunos cantos de piedra de toque o jaspe negro. En cualquier caso, la excursión más esperada, tal vez,

es la programada por el propio vicario, don Bartolomé Cervantes, a la Ramblica de Enmedio, al norte del pueblo y a tres cuartos de legua del mismo, un posible filón definido por vetas de succino, cuya presencia quedó denunciada años ha, por los montones de escoria que subyacen a su alrededor. Desgraciadamente, el vicario no puede acompañar a Clemente en este paseo, pero le prepara meticulosamente el plan, como queda de manifiesto en la siguiente esquila manuscrita por el propio vicario: «Viage a la ramblica del Medio. Vicente: acompañando en mi nombre al Sor. Viajero comisionado Real en su viage científico en esta población seguirá esta ruta: desde aquí al frente y cerca del cortixo del Sor. Alcalde Dn. Juan Oller, camino del Saliente». Luego, dejando este camino inicial, se torcerá por la izquierda, hasta encontrar la Ramblica de Enmedio. El plano del Vicario, desde luego, resultó perfecto. Pero, una vez encontrado el paraje de marras, el viajero confiesa su relativa decepción, al no hallar allí el rico filón esperado, pues «la substancia no forma veta ni es succino, sino unas escorias perfectamente fundidas de plomo, en alguna de las cuales hallamos algún gránito de este metal, lo que prueba haber mineral de esta especie no muy lejos, aunque ahora no se conozca sitio de donde se haya traído ni pueda traerse. Mas en toda la Provincia ésta<sup>43</sup> abunda el plomo casi tanto como el yerro. Otra ventaja se ha sacado de este viage, y es saber que las escorias

ción, los frutos de éstas serán más sazonados y dulces". A su paso por Vera, Clemente nos dará una detallada descripción de este curioso método.

<sup>40</sup> (I, 54, 2) p. 215.

<sup>41</sup> A.H.N. Consejos, leg. 3658, nº 11.

<sup>42</sup> Vid. GUILLÉN GÓMEZ, A.: *Ilustración y reformismo...*, p. 266.

<sup>43</sup> Se refiere al Reino de Granada, en su conjunto.





La segunda actividad industrial de Albox en importancia era la carpintería. Según Rojas Clemente, sustentaba a más de 300 habitantes. (Dibujo de Emilio Sánchez Guillermo)

*estas frotadas atraen como el succino los cuerpos ligeros. En la Sierra de Partalooa que es la misma de Lúcar suponen que se halla mucho plomo de que se hace mucha munición de contrabando»<sup>44</sup>.*

Poco después, se dispone para salir de Albox, momento que Clemente aprovecha para insertar unas personales reflexiones acerca de las diferencias que se advierten entre las varias regiones que componen el Reino de Granada, geológicas, etnográficas, lingüísticas, etc.: *«Parece que el levante del Reyno de Granada se ha de separar del O. por esta línea: Vertientes de Montexicar, extremo de Sierra Nevada y Río de Almería. Así tendremos el Reyno partido en dos que parecen provincias diversas participando muchísimo la occidental del Reyno de Sevilla y la oriental del de Murcia y Valencia. Así en Vera ni Albox ni Sierra de Filabres se pronuncia ya la h y sí el ce ci za»<sup>45</sup>*. En fin, con estas y otras reflexiones recién plasmadas en el cuadernillo y tras dejar consignadas en la casa del Vicario varias cargas de producciones colectadas en la región, vuelve sus pasos hacia Arboleas, a cuya población debe de llegar a lo largo del día 10 de mayo, con tiempo suficiente para hacer algunos estudios sobre el terreno<sup>46</sup>. Aquí pernoctará sin

<sup>44</sup> (I, 54, 2), p. 218.

<sup>45</sup> Ibidem, p. 216.

<sup>46</sup> Para no ir excesivamente cargado, Clemente va dejando encargos en varios puntos de su largo periplo, con la idea de que éstos le fuesen remitidos, tiempo adelante. Así, sabemos que dejó consignados, entre otros, *«Piedras y un lío de plantas en casa del Vicario de Albox»*, *«Dos líos de plantas y muchas piedras en casa de Dña. Juana Martínez Serna en Vélez Rubio»*, etc. (I, 54, 2), p. 2.

mayor contratiempo, hospedado probablemente, por el beneficiado de dicha parroquia, un hombre ilustrado, hermano del escribano real de Lubrín, don Felipe Fuentes<sup>47</sup>, y pariente del difunto abad Navarro, por quien ambos fueron adoctrinados en el campo de las ciencias positivas y de la ilustración. *«El Vicario de Albox y el Beneficiado de Arboleas –nos confirma Clemente– parientes suyos –es decir, de Navarro– y otros se distinguen en este País por el buen gusto y luces que les inspiró este hombre grande, que se formó a sí mismo sin más auxilio que su gran genio, uno de los primeros Naturalistas españoles. Entregó, me dicen, una obra suya de Historia Natural al Conde de Floridablanca, que debe tenerla en su poder y cuya caída estorvó su publicación»<sup>48</sup>.*

#### IV. DE ARBOLEAS A LUBRÍN (11 DE MAYO)

Poco menos de seis horas se van a invertir hoy, en el camino que asciende desde Arboleas a Lubrín: tres leguas, en definitiva, *«que si el camino fuese recto y llano, no pasaría de 4 horas»*, pero que, por no serlo, las dos últimas leguas se convierten en un continuo zig-zag por un dédalo de cuestras, lomas, ramblas y barrancos, a veces de auténtico vértigo. Superada, pues, la primera legua –no demasiado comprometida, en verdad, si no fuera por la cantidad de veces que se pasa y repasa el Arroyo

<sup>47</sup> Ibidem, p. 219.

<sup>48</sup> (I, 54, 2) p. 232.

del Aceituno— es cuando ciertamente se inicia el duro ascenso serrano, que ya no se abandonará hasta media legua antes de llegar al pueblo de Lubrín. Es decir, cuando se alcanza la altura máxima de 800 varas sobre el nivel del mar, pues desde este punto se comienza a descender por una difícil pendiente, cuyo nombre es Cuesta del Saetí, hasta cruzar la llamada Rambla Honda, que la corta en profundidad. Y finalmente, subiendo y bajando por una sucesión de arriscadas lomillas, se alcanza la villa de Lubrín. Así pues, la sierra recorrida hasta ese punto es toda de roca primitiva, con predominio absoluto de la pizarra arcillosa, pero con cierta presencia, también, del mármol. Sobre todo en los bancos que se despeñan sobre la Rambla Honda. Lo que, bien mirado, nada tiene de extraño, pues «*es visto que el mármol corre a todo lo largo de la sierra, desde Caniles a lo menos hasta su remate*», en Lubrín<sup>49</sup>. Y en dicha sierra, llena de rincones sorprendentes, se han podido catalogar sobre la marcha, junto a muchas plantas frecuentes en toda la comarca, como «*queibraollas*», romero, albaida, retama, algunas raras encinas y pinares, otras de escasa o ninguna frecuencia en el Reino de Granada. De todas va colectando preciadas muestras el andariego naturalista.

Pero, en fin, antes de entrar definitivamente en Lubrín, convendría que hiciéramos alguna advertencia. No cabe duda de que la curiosidad innata de Clemente se siente atraída de una manera especial por esta población serrana. Los escritos del Abad Navarro tal vez le hayan servido de acicate; pero lo cierto es que el contacto directo con la realidad no le ha decepcionado en absoluto. Lubrín es un pueblo lleno de atractivos para un naturalista, con curiosas producciones de los reinos mineral, vegetal y animal, en su entorno. Tanto es así, que los tres días que va a permanecer en este municipio —del 11 al 14 de mayo— le van a resultar muy cortos, obligándole a programar una segunda visita, la que felizmente verá cumplida, sólo unos tres meses después: el 27 de agosto partirá nuestro viajero de Sorbas con rumbo a Lubrín, y, a partir del día siguiente, 28, se dedicará durante varias jornadas a completar su interrumpido estudio panorámico, sobre la más oriental de las localidades filabresas<sup>50</sup>. Porque sí, Lubrín es parte esencial de esta

hermosa sierra, pese a que, como ha captado Clemente, «*los de Uleyla y Lubrín se tienen a menos de llamarse de la Sierra de Filabres*»<sup>51</sup>. Las presentes notas sobre Lubrín, por tanto, van a tener que basarse, necesariamente, en un resumen convenientemente destilado y condensado de las dos visitas cursadas por Clemente a dicho pueblo: la primera, en mayo, y la segunda, en agosto de 1805<sup>52</sup>.

#### V. LUBRÍN (12-14 DE MAYO Y 22-? DE AGOSTO DE 1805)

En los últimos tiempos, Lubrín ha llegado a consolidar una cierta relevancia demográfica, pues cuenta ya con una población de 700 u 800 vecinos, aunque la mayor parte de ellos viven en cortijos diseminados por su abrupto término municipal<sup>53</sup>. Como dijimos antes, su escribano real es don Felipe Fuentes, pariente del Abad Navarro, lo que tal vez suponga para el recién llegado Clemente una garantía de buena acogida, al margen del denostado impuesto de utensilios y bagajes. Nada más entrar en dicho pueblo, el viajero se encuentra con un casi paisano suyo —un valenciano— y, como es costumbre en él, aprovecha para darnos pelos y señales del extraño origen de esta coincidencia: «*en él hallé Médico a D. Fco. del Toro natural de la Pobleta: con este motivo noto que casi todos los pueblos de la Sierra de Filabres y río Almanzora, muchos de la Alpujarra y otras partes del Levante de la Provincia tienen Médicos valencianos, que viniendo por acá de música o sombrerillo, corriendo la tuna, se han quedado por acá acomodados: ellos se acomodan y suplen unos a otros y son generalmte. queridos aunque mal pagados, porque en estos pueblos no se reparte y cobra la paga del Médico por la justicia, sino que cada vecino se ajusta o no con él, dejándose a veces morir sin llamarlo, y le pagan tarde mal o nunca, quedando así el médico obligado a medios exactivos poco decorosos*»<sup>54</sup>. También llamó poderosamente la atención

<sup>49</sup> (I, 54, 1), p. 266.

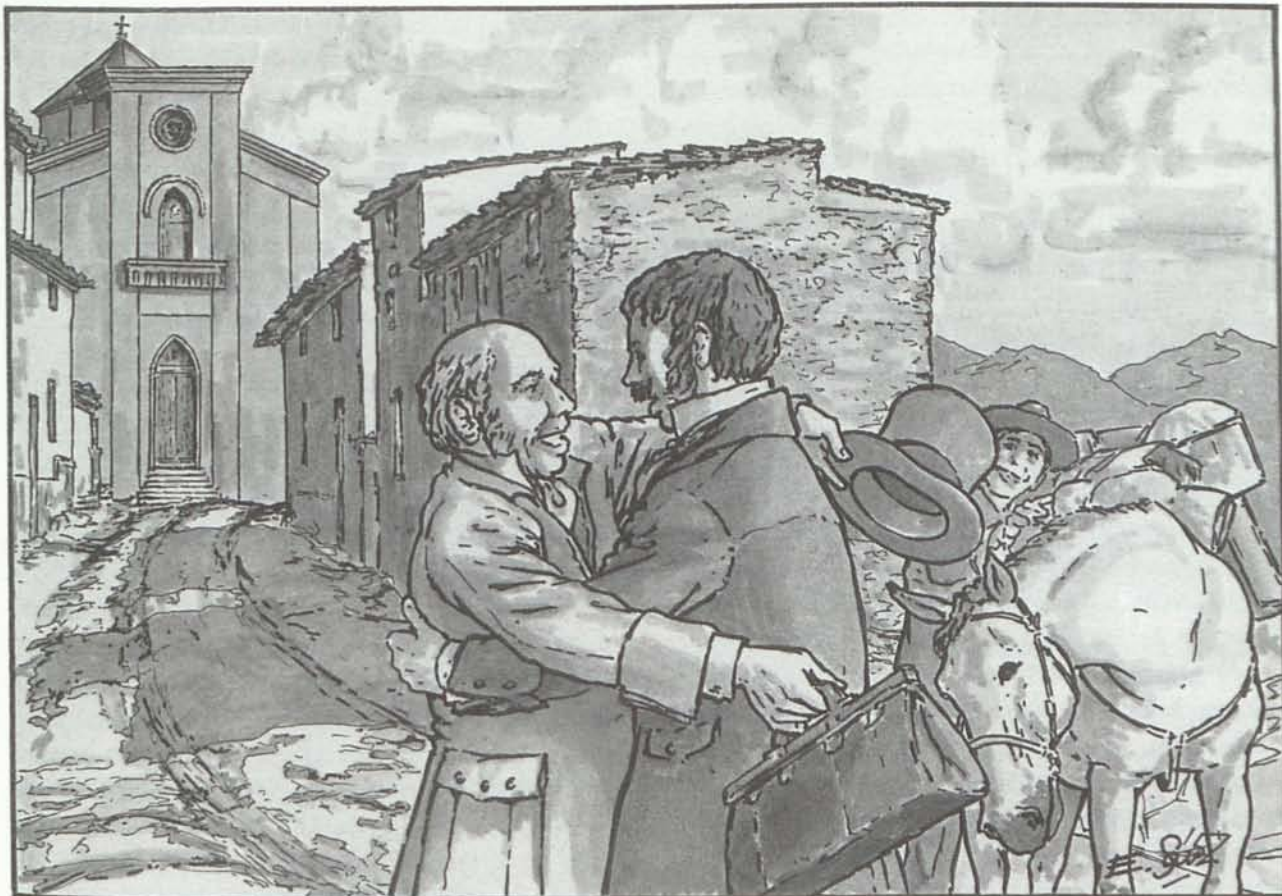
<sup>50</sup> (I, 54, 1), pp. 242-266 y (I, 54, 2), pp. 219-237.

<sup>51</sup> Desde luego, es un núcleo urbano que se desarrolla rápidamente, a lo largo del siglo XVIII. Según el Abad Navarro, «*Lubrín tenía setenta vecinos (en 1699), no llegaba a cuatrocientos almas; oi cuentan más de cuatrocientos y en 1768 tenía 1700 alms.; hoy (1789) llegará a dos mil*». NAVARRO LÓPEZ, A. J.: «*Viajes o paseos de 1789*», Carta 12ª, A. M. de Lorca.

<sup>52</sup> (I, 54, 2), p. 234-5. Lo que afirma Clemente parece ser cierto. En el pueblo de Orce, por estos primeros años del siglo XIX, también puede constatarse la presencia de médicos valencianos. (A.M.O. libros de Actas, 1800-1808).

<sup>49</sup> Ibidem.

<sup>50</sup> En uno de los trayectos de esta segunda visita, llevada a efecto durante los últimos días de agosto de 1805, Clemente se topa de manos a boca con una recua de contrabandistas: «*en el camino hemos hallado 6 contrabandistas poco rumbosos cargados de tabaco, que se han asustado de mis bigotes*» (I, 54, 1), p. 262.



El médico de Lubrín, don Francisco del Toro, recibe a Clemente a su llegada a este pueblo serrano de los Filabres.  
(Dibujo de Emilio Sánchez Guillermo)

del recién llegado una curiosa celebración, que tal vez le cupo en suerte presenciar, en algún momento de su estancia en esta villa serrana. Aunque lo que él considera extraña costumbre, tal vez no lo sea tanto, si consideramos que este tipo de duelo quizás pueda encontrar oportunas réplicas en otros pueblos de la comarca: «usan también en estas tierras el velar al niño muerto con música y bayle, a que se convidan las mocitas y en qe. se admite a quantos llegan: se les da de beber y garbanzos tostados, convite que suele repetirse después del entierro, todo en casa de los Padres»<sup>55</sup>.

Lubrín, tal vez por tradición morisca, dispone de buenos zahoríes, y fue siempre un pueblo de avezados agricultores. Aunque no todas sus tierras aparezcan ahora perfectamente cultivadas, debido a que muchas de las suertes de población, después de la expulsión morisca del siglo XVI, fueron a

parar a lo que en pleno siglo ilustrado se dio en llamar «manos muertas»<sup>56</sup>. Y aquí aprovecha Clemente para insistir en la idea de una necesaria desamortización, cuando un vecino cualquiera de Lubrín, Antonio Valera López, le pone en antecedentes de «que el Curato posee una hacienda de las que se repartieron entre los primeros pobladores sin título legítimo; pues consta del libro de Población haberse dado a tal sugeto, por cuya ausencia pasó al Beneficiado y de este al Curato, sin más formalidad; Lòpez dice que él daría cinco duros anuales de censo además del que ella tiene, si se le confiriese a él por el Rey que es su dueño legítimo. La Hacienda produgera (sic) entonces mucho más: muchas habrá tal vez así en manos eclesiásticas sin título alguno que por venta o de otro modo deberían pasar a manos más activas y más interesadas en mejorarlas»<sup>57</sup>. Y luego está la arriscada mor-

<sup>55</sup> (I, 54, 1) p. 244. Véase una narración similar, localizada en Cuevas muchos años después, (FLOREZ GONZÁLEZ GRANO DE ORO, M.: «El velorio (antigua tradición de Cuevas)», en *Azarquía*, nº 2, 1997, p. 121): «En la inmediata habitación suenan guitarras, bandurrias y castañuelas, corre el vino a costa de los que sacaron de pila a la criatura, y mozas y mozos bailan sin cesar».

<sup>56</sup> Y a este respecto, arguye el intuitivo historiador Clemente: «Ahora me ocurre decir lo que otras veces he pensado, y es que en los Libros de Población o de Apeo se encuentran datos preciosos para formar la Historia de los Pueblos, que debiera ya estar formada y dada al Público, y sobre la del idioma, etc.» (I, 54, 2), p. 236.

<sup>57</sup> (I, 54, 2), p. 235. El problema de la Renta de Población se había convertido en un asunto candente para muchas plumas ilustra-

fología del terreno, en el que aparecen muchas parcelas incultas; e incluso los trozos que fueron roturados rinden muy poca cosecha, «ya que su término casi todo muy pendiente no tiene tierras de gran substancia para granos y se ven precisados por esto a sembrar poco trigo y mucha cebada y centeno»<sup>58</sup>. Y, aún así, los resultados productivos no siempre acompañan a los esfuerzos realizados, pues «en Lubrín —afirma Clemente— cuando da la cebada diez por uno están ya muy contentos y no es común el que de 25 por uno»<sup>59</sup>. De todo lo cual se desprende que «el pan de cebada se come y vende spre. al Público en todos estos Pueblos, donde casi o sin casi prefieren el de maíz al de trigo»<sup>60</sup>.

En efecto: en Lubrín se siembra y cosecha bastante el llamado «panizo blanco», que debe corresponderse más o menos con el «moro» de Baza. «Le distingue de los otros —a juicio de Clemente— lo mucho que matea, las muchas panochas que cada caña hecha (sic), lo blanco y largo de las panochas: porque estas medren mejor les quitan muchos hijos dexando la mata con dos o tres. Esta hermosa casta tan fecunda ocupa por desgracia la tierra tanto tpo. que no deja lugar a que en el mismo campo se coja otra cosecha. Así después de sembrarlo vgr. en Abril se coge a mitad de Sptbre. Solo conviene pues su cultivo donde no se desea más de una cosecha. No hay tal: es un mes más tardío que el común, y deja tpo. para 2ª cosecha de cebada, trigo, etc. Cada grano hecha hasta diez hijos y cada hijo o tallo dos panochas útiles y regularmte. alguna otra menor. Hace el pan blanco y más sabroso que el común»<sup>61</sup>. Los agricultores poseen, además, un excelente pago de huertas en Los Marchales, un

lugar situado a media legua del pueblo —cinco cuartos de hora— en dirección E. SE., debajo del Barranco del Amianto, preciosamente cultivado y enriquecido con abundantes aguas. En estas huertas se cosechan los productos típicos de estos pagos, sobre todo los pimientos picantes, porque «el pimiento dulce es raro en estas tierras (tienen dulces cornicabras); hay quien lo endulza para sembrarlo poniendo tres o cuatro días la simiente en miel de que la lavan luego»<sup>62</sup>. En torno a estas huertas ha surgido «un montón de cortijos que hacen muy pintoresco este barranco», pese a que abundan en sus inmediaciones los alacranes y no son raras las víboras<sup>63</sup>.

Una curiosidad de Lubrín, en relación directa con la agricultura, es que aquí se disfrutaban unas peculiares condiciones meteorológicas, diferentes a las del resto de la comarca. «En Lubrín —según Clemente— llueve más que en ningún otro pueblo de por aquí. Se quejan mucho en Vera y estos pueblos de la falta de lluvias que pocos años asisten bien: este año mismo —1805—, en que han sido abundantes y oportunas, han escaseado a su tiempo por aquí en la costa y río Almanzora, por lo que no esperan buena cosecha. Pero toda nubecilla que pasa a la vista vacía algo en Lubrín; y en Vera, etc., al contrario no llueve cuando parece que van ya a descargar»<sup>64</sup>. Dado, pues, este cúmulo de condicio-namientos y limitaciones, el pueblo de Lubrín casi se ha visto obligado a convertirse en un paraíso de las frutas, entre las que brillan por su calidad los chumbos, las uvas y los higos. Pero si hubiera que otorgar un primer puesto, éste lo ocuparían, sin duda ninguna, las excelentes chumberas, cuyo fruto «se deleita en lo más árido y esteril, y agarra bravamente. en la peña»<sup>65</sup>. En efecto: «los de Lubrín no dudan que sus chumbos son mejores que los de Uleyla, y pueblan con ellos los pedregales que no podrían llevar otro fruto ninguno sino alguna vez la vid. Aun podrían extender su cultivo mucho más ya que es un artículo de importancia para el Pueblo». Su explotación resulta particularmente sencilla y no requiere una especial dedicación: la siembra se reduce a meter una pala u hoja entre las piedras y a rodearla de un poco de tierra; o, a lo sumo, de unas briznas de estiércol, para que crezca más rápidamente; de tal modo, «que ya no es menester volver a ver el plantío hasta co-

das. Sempere y Guarinos, por ejemplo, acababa de publicar su particular visión sobre el tema (SEMPERE Y GUARINOS, J.: *Memoria sobre la Renta de Población del Reino de Granada*, Imp. de Nicolás Moreno, Granada, 1799). Por otra parte, ya son muchos los libros y las monografías aparecidas en las últimas décadas, acerca de la repoblación del Reino de Granada y de los problemas derivados de la expulsión morisca. Véase un resumen de todos ellos en BARRIOS AGUILERA, M. y BIRRIEL SALCEDO, M.: *La repoblación del Reino de Granada después de la expulsión de los Moriscos. Fuentes y Bibliografía*, Universidad de Granada, 1986.

<sup>58</sup> Ibidem, p. 233.

<sup>59</sup> Ibidem, p. 223.

<sup>60</sup> (I, 54, 1), p. 242. La hambruna general que padece el País también ha hecho estragos en estos pueblos de la sierra. Así se lo hacen constar al Viajero: «Este año, dichoso el que ha tenido pan de cevada: nos juntábamos para ir a los molinos, por miedo de que nos quitasen el grano en el camino; y no nos dejaban pan quando salíamos por hay (sic). ¡Quántos pobres han pasado el invierno comiendo solo yerbas! En algunos pueblos de esta Sierra se extraña como signo de riqueza extraordinaria el que se hagan gachas tortas en una casa» (I, 54, 4), p. 216.

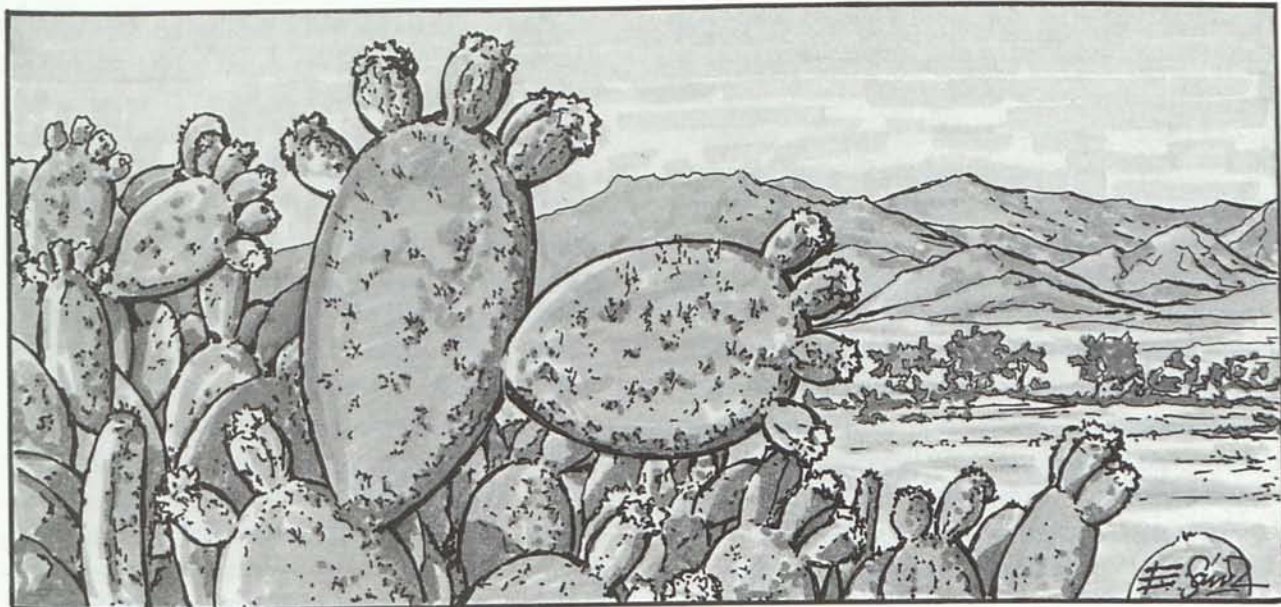
<sup>61</sup> (I, 54, 1), p. 244.

<sup>62</sup> (I, 54, 1) p. 260.

<sup>63</sup> (I, 54, 2) p. 230.

<sup>64</sup> (I, 54, 2) p. 215.

<sup>65</sup> (I, 54, 1) p. 243.



Uno de los frutos más preciados que dan los cerros de Lubrín son, sin lugar a dudas, los higos chumbos. Cultivados por sus habitantes, eran muy demandados por los pueblos limítrofes, hasta el punto de convertirse en uno de los alimentos fundamentales por aquella época. (Dibujo de Emilio Sánchez Guillermo)

ger su fruto». Si acaso, alguna visita de tarde en tarde, para arrancarle la maleza que habitualmente se cría en torno al chumberal. Conviene advertir, sin embargo, que los plantíos estercolados tal vez crezcan de forma más aparatosa, pero no por eso su fruto se hará mayor ni será tan sabroso como el de los rodales cimarrones, abandonados a su suerte. Donde, por cierto, habrá chumbos que lleguen a pesar media libra y no serán extraños los de 4 y 6 onzas. Igualmente hay paletas en Lubrín que dan dos cargas o más de chumbos. El fruto madura aquí en septiembre y se alarga hasta navidad. Aunque no es tan raro que algunos chumbos se queden atrasados y se cojan, ya maduros, en abril o mayo siguientes, «regalo muy precioso en el País, donde muchos no hechan (sic) de menos la uva habiendo chumbos»<sup>66</sup>. La calidad contrastada de este fruto lubrileño hace que sea muy solicitado por las poblaciones comarcanas de Vera, Cuevas y Huércal, «donde les gustan mucho» y «de donde vienen arrieros a quienes se dan por 5 reales quantos chumbos puedan llevar en una carga»<sup>67</sup>. Estos chumbos se venden en Vera y en los demás pueblos a un ochavo la libra.

La especie más popular en Lubrín es la común del Reino de Granada —la puntia—; pero también se cosecha la tuna, citada por Linneo, de espinas tan fuertes y punzantes, que muchas veces las plantan en las lindes de aquellos terrenos que quieren va-

llar, con el propósito de impedir que entren en ellos los ganados cabrío y vacuno, bastante aficionados, por cierto, a este sabroso fruto. Esta misma especie punzante —la tuna— también se conoce en Vera, donde «se cultiva también la chumba y le hechan algún estiércol y comen ya maduro el higo por Santiago, que se les acaba quando comienzan a madurar en Lubrín»<sup>68</sup>.

No cabe duda, pues, de que el chumbo es un artículo esencial para la economía doméstica de este pueblo. Pues, aparte de constituir un elemento primordial en la alimentación de los puercos de engorde, —para lo cual se despedaza y se mezcla con salvado— es también un producto de primerísima necesidad en la dieta alimenticia de los propios vecinos. Hasta tal punto, que «muchos prefieren este fruto a cualquier otro, y hay quien apenas come otra cosa, fruto inocente, nutritivo, nada empalagoso y que el médico deja comer a sus enfermos. Si están algo verdes estriñen mucho porque todo es granillo y este nunca se digiere: por la mañana es quando están más sabrosos, calientes luego con el sol suelen indigestarse. Hay hombres que se comen cien chumbos de una vez»<sup>69</sup>. Y, por si fuera poco, se ha conseguido aquí extraer de este fruto un apreciado aguardiente. La cosa se consigue estrujando su pulpa o jugo, la cual hacen fermentar convenientemente, antes de destilarlo tres veces en el alambique, con lo que se obtiene un «aguardiente

<sup>66</sup> (I, 54, 2) p. 234.

<sup>67</sup> (I, 54, 1) p.243.

<sup>68</sup> (I, 54, 2) p. 234.

<sup>69</sup> (I, 54, 1) p.243.

regular», pero aceptable, pese a que no le han podido sustraer totalmente «un saborcillo ingrato a la pala».

El cultivo de la vid también ha experimentado un considerable desarrollo en las últimas décadas. Tal vez todo se deba a la iniciativa de un hijo ilustre de esta localidad, el tantas veces citado, don Antonio José Navarro, Abad de Baza. Él mismo nos lo relataba así, en 1789: «Lubrín por exemplo se reduce a sembrar trigo, cebada y centeno y tiene algún azeite. Ai recuestos y lomas qe. producen poco: barrancos y otros sitios proporcionados para viñas, si estas se multiplicaran tendrían frutos, cuyo consumo es seguro por no aver vino en los pueblos inmediatos. Avrá ocho o diez años que socorridos algunos vecinos por el Exmo. Sor. Duque de Alba plantaron viñas, y ya se han cogido cinco mil arrobas de vino en el año 87. Esto los ha alertado, y continuando en este plantío, y en el de olivos podrán hallar subsistencia en un terreno que juzgaban ya incapaz de aumentarlo»<sup>70</sup>. De las especies de vidueño más comunes, entre las plantadas en Lubrín, conviene distinguir, según el seguimiento efectuado por Simón de Rojas Clemente, ahora, en 1805: la «morrastell o torrontés», que «no es muy esquilmeña», es decir, que rinde poco; el «botón de gallo» (la «teta de vaca», de Sanlúcar), «pasa de Málaga», «Jaén de la tierra», «que es el favorito para vinos en Lubrín, tierra que los da exquisitos comparables a los de Málaga y que debiera dar muchos más», etc.<sup>71</sup>.

Los higos, finalmente, también merecerán una mención especial, dada su altísima calidad. Así, entre las diferentes especies cosechadas aquí, gozan de general aceptación las llamadas «pata de mula», «Ángela de Martos», «pero laso» («es la mejor casta, largueado entre blanco y morado, pezón corto y gordo: es el mejor para secar por lo pronto que se seca y lo hermoso que queda. Es el más temprano. Es la casta común de Vera y Cuevas»), «verdál», «sabe la hoja», «iruela o santiaguero», el más temprano de todos; «brevera blanca», «brevera negra», etc. Aunque siempre habrá un pero en contra: «por no cabrahigar no logran en Lubrín tantos ni tan buenos higos como en Vera»<sup>72</sup>.

<sup>70</sup> NAVARRO, A. J.: «Viajes o Paseos de 1789», Carta 12ª, A. M. de Lorca.

<sup>71</sup> (I, 54, 1), pp. 251-253. Vid. también CLEMENTE, S. de R.: *Ensayo sobre las variedades de Vid común que vegetan en Andalucía*, Imp. de Villalpando, Madrid, 1807.

<sup>72</sup> *Ibidem*, pp. 265-6.

## VI. LA ACTIVIDAD MINERA EN LUBRÍN, HISTORIA DE UN DESENCANTO. EL AMIANTO O «PIEDRA MUERTA».

Hacia 1787, en plena fiebre expansiva de las consignas ilustradas, llegó a Lubrín un vecino de Alhabia, que, portador en su valija de grandes proyectos económicos y de fomento, entusiasmó a los lubrileños con su optimismo desbordado, hasta el extremo de conseguir crear con todos ellos una pequeña sociedad minera. La *Compañía Minera*, previa escritura notarial, quedó constituida legalmente, con la participación de unos 30 vecinos de Lubrín, y con el objeto concreto y principal de beneficiar los yacimientos cupríferos de este municipio. «El de Aljavia —nos cuenta Clemente— había hecho un viaje a Madrid solo por este objeto, se trajo licencia para trabajar las minas, se vino de paso por Riotinto o Linares y tomando allí un oficial de la Fábrica de Cobre se plantó en Lubrín con él para que dirigiera la que levantaron en Lubrín en 4 días, junto al camino que va a Vera desde Lubrín y a media hora de este a la izquierda del camino. Ya está todo en fermentación, no se habla de otra cosa en la contornada»<sup>73</sup>. En efecto, la noticia corre rápidamente y se expande como un reguero de pólvora. A su influjo, comienzan a acudir nuevos socios, incluso de lugares muy ajenos a la comarca: se pensaba extraer mucho cobre, aparte de diferentes clases de hierro y otros preciados minerales. De este modo, van entrando en la Compañía dos comerciantes de Lorca, un vecino de Cuevas, otros nueve de Lubrín, un natural de Baeza, otros tantos de Tabernas, «y un montón de la Taha de Marchena»<sup>74</sup>. Con un entusiasmo sin límites comienzan los trabajos. Todo son, en principio, rascaduras y catas sobre el terreno, por diferentes parajes del término municipal, en el que, como ya sabemos, predomina la pizarra. Pero, con tan poco acierto, que, llevadas las extracciones a la Fábrica de fundición recién instalada, apenas se consigue el mínimo de cobre exigible para que aquélla se pueda considerar rentable. Por esta razón, el maestro venido de Ríotinto se siente frustrado, «y se despide de ellos diciendo que pues no puede hacer más, se retira y que las piedras que le han presentado para fundir no son como las de Riotinto»<sup>75</sup>. Ante semejante e imprevista determinación, el socio de Baeza se ofreció a traer de su tierra un espe-

<sup>73</sup> (I, 54, 2), p. 226.

<sup>74</sup> *Ibidem*.

<sup>75</sup> *Ibidem*.

cialista alemán, llamado don José de Austria, el cual llenaría el hueco dejado por la deserción del primer maestro. Vino, pues, el alemán; pero pronto coincidió en su modo de pensar con el descorazonador vaticinio de su antecesor. Y, luego-luego, lo irremediable: «*al fin la Compañía queda disuelta al año de formada y ahora la Fábrica está ya medio caída, y todo este ha sido el fruto de cerca de dos mil pesos gastados*»<sup>76</sup>. Con estos antecedentes al retortero, pues, el viajero Clemente decide realizar por su cuenta varios itinerarios de inspección sobre el terreno, con la intención de observar *in situ* los restos de aquellos experimentos de antaño. Así, empieza por reconocer las menas que quedaron junto a la fábrica, en las que aún son visibles ciertos indicios de hierro, con las peñas verdes que trajeron del Barranco de las Minas, y otros curiosos minerales. Sobre todo, mucho hierro micaceo. Efectivamente: «*de todas partes traían yerro micaceo que tanto abunda en la jurisdicción que suelen labrar en él y traerlo para espolvorearse con él en carnestolendas*»<sup>77</sup>. Muestras de este mineral, desde luego, se han encontrado esparcidas por todas partes; así, en sitios tan variados como El Aljibe, La Garganta, en una labranza cerca del Barranco de las Minas, en una umbría de la Sierra del Peñón, sobre la Alcarria, donde los mineros, precisamente, abrieron un hoyo en la pizarra micacea, «*porque veían yerro micado cristalizado en tablas y hojitas, entre las hendiduras de la roca*», y en mil otras partes, al Este y al Sur del pueblo<sup>78</sup>. Por cierto, que un poco más allá de la Fábrica llama la atención una preciosa roca verde, muy parecida al jade, que se destaca, airosa, sobre el camino. A un tiro de bala del mismo, por cierto, a su derecha, pueden apreciarse también dos pequeñas excavaciones realizadas, en su día, por la compañía minera, «*en que pinta cobre en la pizarra arcillosa o micacea con alguna blenda que aquí lleva bonitas dendritas negras*»<sup>79</sup>.

En otro momento, visita el Barranco que llaman Cuadrado, al poniente del centro de la villa y a un cuarto de legua de distancia, poco más o me-

nos. Allí, entre los cortijos de Antonio Camacho<sup>80</sup> y de José Antonio García, en una ladera debajo de ellos, el alemán don José de Austria, maestro de la Fábrica, mandó excavar una mina, la cual alcanzó una profundidad de seis varas aproximadamente, con dos caños o galerías horizontales, abiertas a su final, de unas cinco varas de longitud. De ellas se extrajo cobre gris pardusco, mezclado con hierro de buena calidad, según se desprende de algunos pedazos que quedaron olvidados entre los escombros. En todo caso, Clemente piensa que tal vez se precipitaron los de la compañía minera, cuando se dieron por vencidos tan rápidamente. Es evidente que «*en tan corta excavación no se puede asegurar, ni negar la abundancia de esta mina*»<sup>81</sup>.

Siguiendo unos derroteros muy opuestos a los del paseo anterior, es decir, al Sur del pueblo y a media legua de camino, se encuentra el Barranco de las Minas, exactamente sobre las huertas del Marchal: «*en él hay una mina antigua que está ya rehundida y en cuyo gran montón de escombros se veían pintillas de cobre. Frente a ella abrieron un pozo que está cegado los nuevos mineros —los de 1887— y sacaron yerro rojo compacto del que se supone corría un gran banco y pintas de cardenillo, malaquita fibrosa y cobre gris. Toda esta parte de la Sierra es de granitino muy hermoso y en él va encajado un gran banco de piedra verde muy particular que parece igual a la que en el Bodurria de Caniles lleva el yerro micaceo y un compuesto de blenda con cuarzo... Su color verde fue para ntros. mineros una demostración de que contiene mucho cobre y cabaron en ella como habían hecho los antiguos; pero la abandonaron muy pronto con poca razón tal vez, aunque es menester decir que... (este yacimiento) parece merecer alguna excavación seria y profunda*»<sup>82</sup>. Cerca de este lugar, los mismos mineros excavaron una mina de plomo, impulsados a ello «*por unos granitos de hermoso alcohol de hoja que hallaron en la superficie*». Pero, al proseguir la excavación, el hallazgo de una gran tromba de agua les obligó a cesar en su empeño, taponándoles el camino<sup>83</sup>. Y todavía más al sur, debajo del Cortijo de Cubillas, se hallaron muestras de blenda córnea en grandes cantidades. Aunque esto nada tiene de extraño, pues tal vez sea aquél el mineral más prolífico en la zona.

<sup>76</sup> Ibidem, p. 227.

<sup>77</sup> El propio Antonio José Navarro ya había hablado de esta peculiaridad lubrileña, en carta dirigida a Franco Dávila, Director del Real Gabinete de Historia Natural, el 22 de marzo de 1785: «*En los Montes de mi Patria he hallado unos depósitos de arenilla brillante, en ojuelas, que vuela al aire y se pega a la ropa, y que sirve en el carnaval para arrojarse unos a otros; me parece mina o mina de hierro descompuesta*» (M.N.C.N. Mss. N.º 845).

<sup>78</sup> (I, 54, 1), p. 227.

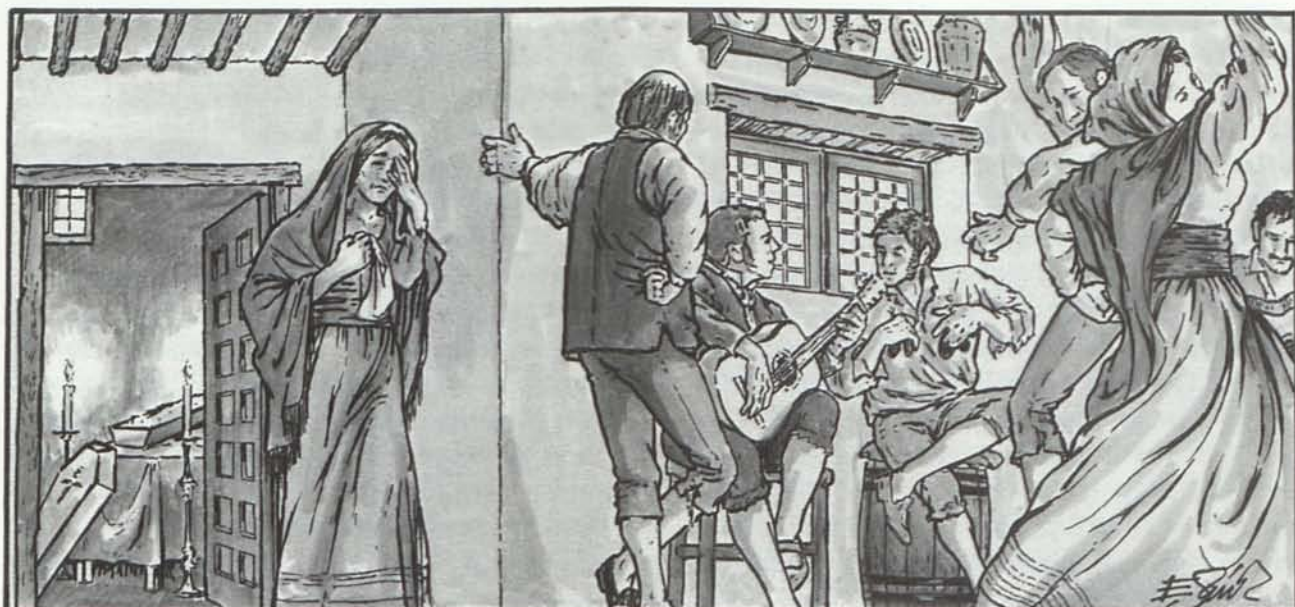
<sup>79</sup> Ibidem, p. 226.

<sup>80</sup> A título de simple curiosidad: un testigo del bautizo de Antonio José Navarro, en 1739, llevaba el nombre de Antonio Camacho.

<sup>81</sup> Ibidem, p. 225.

<sup>82</sup> Ibidem, pp. 228-229.

<sup>83</sup> Ibidem, p. 232.



El cante, el baile, la música de las guitarras y el vino eran elementos indispensables en los velatorios de los niños muertos. Esta costumbre, observada y descrita por Clemente durante su estancia en Lubrín, extrañó sobremanera al viajero. (Dibujo de Emilio Sánchez Guillermo)

Yendo precisamente al Barranco de las Minas, en la mitad del camino, el incansable Clemente encontró un cerrito, que todo él parece constituido de serpentina, mientras que, a su alrededor, por todas partes, aparecen «*bancos de mármol igual al de Macael y con todas las variedades de este... Esta formación de mármol se extiende a lo largo (de) mucho trecho y aparece en varios puntos (ninguno de la cumbre) sin que deba dudarse ser la misma que la de Caniles seguida o continuada tal vez sin interrupción por Serón, Bacares, Macael y Cóbdar*»<sup>84</sup>. En cualquier caso, una observación que ya venía él madurando, desde su primer contacto con la Sierra de Filabres. En fin, son muchísimas las sorpresas, los agradables imprevistos, y, sobre todo, las muestras mineralógicas y las plantas colectadas en estas jornadas repletas de cansancio y aventura. Por ejemplo, la visión inusual de un algarrobo bravío, en el propio Barranco de las Minas, a 700 varas sobre el nivel del mar; donde también abunda la jara y donde se pudo encontrar alguna especie «*que no había hallado jamás en España*».

Pero, por encima de todo, en un terreno tan notoriamente rico en producciones naturales como éste, el investigador real va a dedicar un especial cuidado al estudio de los célebres amiantos, tal vez el producto más genuino de Lubrín. Allí, precisamente en las proximidades del Barranco de las Minas, sobre los Marchales, «*el amianto se halla*

*abundante y con todas sus variedades, habiéndose sacado según me aseguran en hermosísimas madejas del largo de una vara, aunque esto sea raro; pero no tanto el hallar madejas de a quarta que suelen torcer los cortijeros para torcidas (de candil), tachando solo a estas de que chupan demasiado aceite, aunque dan grande luz... Tal vez no hay en Europa sitio alguno de tanto y tan buen amianto como este: entre sus hilos suele hallarse arbesto, clorito, cuarzo y espato calizo. El famoso Abad Navarro hijo de este humilde pueblo dio a conocer el amianto de Lubrín por unas soberbias muestras que se colocaron en el Rl. Gabinete de Madrid*»<sup>85</sup>.

El Abad Navarro, en efecto, fue el primero en difundir esta presunta riqueza exportable de su pueblo natal: «*deseo —escribía en 1776— que mi Patria salga de la obscuridad, y alguna vez se escriba con letra de molde*»<sup>86</sup>. Dispuesto a no descansar, hasta conseguirlo, allá por 1776, desde la Sociedad Económica de Vera, dio a conocer una *Memoria sobre el amianto hallado en Lubrín y sus utilidades*; al mismo tiempo, envió muestras de este hallazgo a grandes intelectuales de la época, como el celeberrimo Padre Flórez, a miembros de los Reales Consejos, etc. Luego, más tarde, cuando pudo ponerse en contacto con don Pedro Franco Dávila, Director del flamante Real Gabinete de Historia Natu-

<sup>85</sup> Ibidem, p. 231.

<sup>86</sup> Carta de A. J. Navarro a don Pedro Franco Dávila, Director del Real Gabinete de Historia Natural de Madrid (M.N.C.N. Ms. N.º 317).

<sup>84</sup> Ibidem.



ral, no tuvo regomeyo alguno en costear de su propio peculio las excavaciones realizadas en Lubrín, para obtener bellas e interesantes muestras, que rápidamente pasaron a engrosar los anaqueles del Real Gabinete madrileño<sup>87</sup>.

Y, naturalmente, un espíritu tan curioso, escrutador y perseverante como Clemente no podía pasar de prisa y corriendo sobre un señuelo tan atractivo, tan inmediato, tan singular. Ésta, desde luego, es la razón fundamental de la programación de una segunda visita a Lubrín, en el corto espacio de tres meses: la necesidad de llevar a cabo una profunda inspección sobre los yacimientos de amianto, que, de forma exclusiva, pudo hacer realidad en los últimos días de agosto. Para ello, tuvo que vencer, ante todo, el recelo y la natural suspicacia de los cortijeros de los Marchales, los cuales se negaban a difundir de bóbilis-bóbilis el sitio exacto de los yacimientos; es decir, sin obtener a cambio una suculenta remuneración. Así nos cuenta este episodio el mismo Clemente: «*Pasamos a los Marchales en busca del Amianto encomendado: la 1ª diligencia era acudir a los cortijeros, para que informasen de los sitios en que lo han visto, pues ellos tienen trillado todo el terreno, lo han encontrado varias veces en las tierras de labor, donde el arado tal vez arrancó una hermosa madeja, en los cerros donde el Pastor sugetó sus hilos a la barba de una cabra para desmentir su sexo, en las veredas; saben los sitios en donde se ha cavado otras veces para satisfacer la curiosidad de tantos como han venido a buscarlo de cuenta de estos o de los Naturales—¿Naturalistas?—: Pero estos están escamados de lo mal que han recompensado los buscadores de amianto su diligencia por procurárseles; yo mismo no di nada por una media libra que me presentaron la 1ª vez que pasé por aquí. Al mismo tiempo saben el precio que los curiosos suelen darle, pues a veces se les han pagado muy bien. Han resuelto pues no decir los sitios al que venga de nuevo sin una buena gratificación, ni sacarlo ellos si no se les paga bien*»<sup>88</sup>. Realizadas, pues, todas las promesas hechas y por haber de próximo y seguro pago, Clemente consigue vencer la desconfianza lugareña y realizar algunas prospecciones en diferentes puntos de aquella jurisdicción. Casi todas, en lugares nuevos, pues en los ya sondeados anteriormente se había extinguido la

veta. No obstante, se obtiene bien poca cosa. Parece ser que los lugareños siguen ocultando celosamente sus conocimientos sobre la «piedra muerta», que ese es el nombre que suelen dar al amianto. Pero el tiempo apremia, sobre todo, para un investigador que se niega a perderlo inútilmente. Así, con cierto aire jocoso, nos lo cuenta el principal protagonista: «*Hay prisa de despachar presto: el medio es publicar un premio al que traiga amianto o lo procure. Se ofrece pagar a duro por arroba: acuden dos que lo ofrecen si en caso de no hallarlo se les asegura un buen jornal y el que además del premio dicho se les abone este con condición de que no venga con ellos alma nacida. Todo es menester concederlo porque se muevan con viveza los brazos perezosos, menos el que deje de acompañarlos Miguel con protesta de guardar sigilo; porque se teme no quieran ganar el jornal tendidos a la sombra*»<sup>89</sup>.

Limadas todas las asperezas de este contrato verbal, se consigue que el grupo representado por los dos voluntarios—cuatro, en definitiva— inician la faena; y, a la vez, que se haga público el lugar exacto de los yacimientos de amianto, el cual no es otro que un repecho, medio cuarto de hora al norte del Cortijo de la Sulfida. Los susodichos marchan al tajo a las dos de la tarde y retornan, ya anochecido, con dos arrobas y media de producto en bruto. El plan de trabajo ha sido el siguiente: mientras uno cortaba el mineral con su picola, los otros tres lo desmestaban o limpiaban parcialmente de gangas y asperezas. Porque, en realidad, para acabar de desmestarlo se utilizan otros dos hombres, dentro del pueblo. Esto quiere decir que un picador—que deberá ser reemplazado de cuando en cuando, debido a la dureza de este trabajo— dará ocupación a seis desmestadores. En resumidas cuentas: «*la mejor madeja que han sacado hoy tiene de largo una quarta, de ancho 4 dedos y dos escasos de grueso. El amianto de hoy es blanquísimo y muy puro, muy flexible y estoposo*»<sup>90</sup>. Al alba del día siguiente, vuelven nuestros mineros al mismo sitio, con ánimo de proseguir la faena; pero retornan al pueblo alrededor de las diez, porque la veta iniciada el día anterior ha fallado y no parece que tengan muchas ganas de descubrir otro filón. En fin, tres arrobas y media libra ha pesado, ya en limpio, todo el amianto conseguido en esta visita. Cinco libras han sacado las mujeres, en dos horas de tra-

<sup>87</sup> Todo este asunto ya quedó expuesto en mi libro sobre la obra de Navarro, *Ilustración y Reformismo...*, citado anteriormente. Véanse especialmente las páginas 56-68.

<sup>88</sup> (I, 54, 1), p. 254.

<sup>89</sup> *Ibidem*.

<sup>90</sup> *Ibidem*, p. 261.

bajo, de las gangas desechadas por los hombres. Aunque todavía es posible que el alijo lleve adherido algún guijarro, difícil de quitar del todo. En resumen: «*Quede pues el peso total del amianto recogido, bien depurado en tres arrs. fruto del trabajo de 6 hombres en un día. Con dos pesetas de jornal estaría un hombre muy contento en esta tierra. Con que darían el amianto limpio a 4 pesetas poniéndolos en buen tajo: y sin duda a menos*»<sup>91</sup>. En cualquier caso, el viaje no había resultado baldío.

## VII. EL HABLA DEL PUEBLO<sup>92</sup>

Finalmente, a lo largo del intenso y estrecho contacto con el vecindario, día a día, paso a paso, el polivalente viajero ilustrado ha ido tomando oportunas notas de las voces escuchadas a su alrededor, de los singulares giros lingüísticos, de la peculiar manera de emplear el idioma. No son pocas, pues, las variedades o curiosidades semánticas que atraen su atención, los arcaísmos, las jugosas expresiones que pasan automáticamente del corrillo callejero a su cuaderno de notas. Muchos de estos giros, tal era su arraigo, aún perduran en el habla vulgar de las gentes del Sur, de una gran parte de los pueblos del sureste, para ser exactos<sup>93</sup>.

Así pues, en esta tierra de transición entre Andalucía y Levante, se dice «cerquetica», por cerquica, diminutivo de cerca; «quedría o quedré», por querría o querré; «pos», por pues; «solmente», por solamente; «paece», por parece; «míe», por mire; «dixiera», por dijera; «melguizo», por mellizo; «acaecer», por suceder; «gobernar», por arreglar o componer; «panocha», por mazorca, fruto del maíz; «produzga», por produzca; «una treintena», por treinta; «hubiendo», por habiendo; «en búsqueda», por en busca; «naide», por nadie; «semos», por somos; «zoroyo», por fruto verde; «bateo», por bautismo; «se os vais», por os vais; «cuscurriones», por pedazos de pan; «nuevo», por joven; «hermano», por tío o señor, etc.

Otros giros de uso muy frecuente, entre los muchos escuchados, son: «pos hijo», bordón muy usado en la conversación; «con que», «y tal», otros

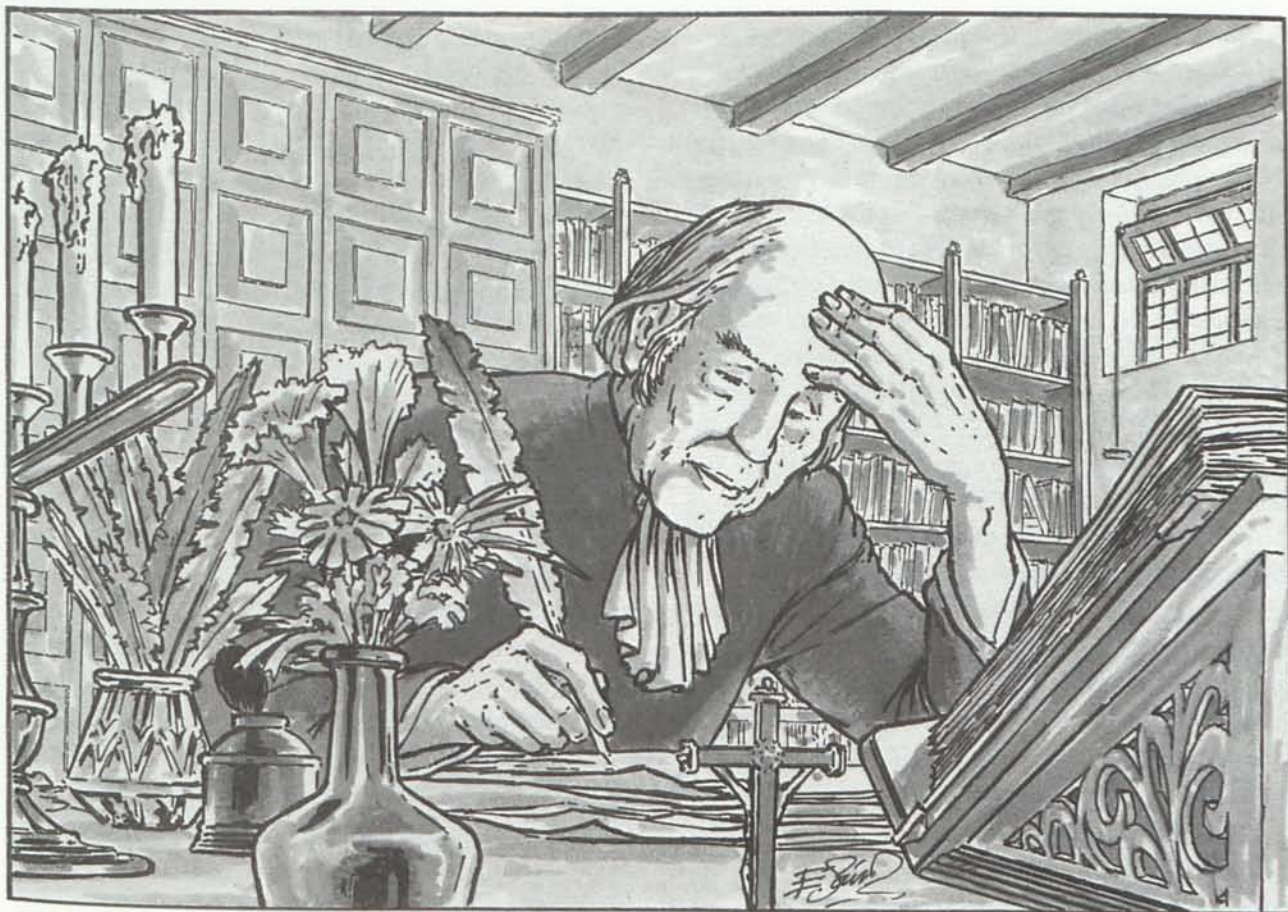
bordones de uso común; «premoso dicen en todo el Levante de la Provincia<sup>94</sup> por apretado, vgr. entra muy premioso»; «en la vida de Dios», por jamás; «en el día de hoy», por ahora, en estos tiempos; «¡a ver!», se utiliza como expresión de indignación; «almajarana (en Cuevas y otros pueblos, almajaraca) se llama en Lubrín y otros pueblos el plantel o vivero de pimientos, cebollas, árboles y cualquier planta»; «este año ha habido muchas faltas decían en todo lo andado de la Provincia para dar a entender que ha habido mucha hambre, pues suelen avergonzarse de nombrar a ésta»; «almdraba llaman los alfareros en Guadix y Zújar a toda arcilla que usan para tejas y vasijas. En el Libro de Población de Lubrín se da el mismo nombre a las tejerías»; «Sulfida se dice como en Titaguas del terreno que se ha corrido»; «los diminutivos en iquío son los únicos o casi únicos que usa todo el vulgo de Vera, vgr. delgadiquío, por delgadico, Antoniquío. Asi en Cuevas, Lorca, los Vélez, María, Puebla de D. Fadrique. En María suelen acabar en ico»; «magencar dicen en Vera la viña etc. que es rascar o cavar muy ligeramte. la tierra para quitarle yerba con el instrumento mismo que después usan para cavarla más profundamte.»; «Hombre, en los pueblos de la Costa de Levante y otros interiores suele decirse a las mugeres, vgr. una muger dice a otra: hombre, ¿qué estás haciendo?»; «Gracias a Dios dan continuamte. por todo, aún lo más infausto, desde Almería a lo menos para Levante; en el río Almanzora, Filabres, etc. Principalmte. las mujeres: se les dice vgr. tu amigo acaba de ser asesinado y exclaman <gracias a Dios, bendito sea Dios, alabado sea Dios>, se usa más o menos en todo el Reyno»; «a manta», equivale a «a montones»; «a cosa hecha, por de intento, a drede»; «torcerse la cosecha», equivale a perderla; «poyo en el Reyno de Granada es el que está fijo contra la pared de cal y canto: banco es el de madera, portátil»; «Qué dolor: expresión de lástima, que suele también decirse por chuscada y gracia en el levante de la Provincia»; «ya en el Río de Almería se oye el hinojo! Equivalente en el Reyno de Granada al carajo»; «pajizo llaman en todo el Levante al amarillo, y solo aplican la voz amarillo al color de enfermedad en los hombres»; «Lo mismo fue por apenas es muy usual en el Levante de la Provincia. Vgr lo mismo fue venir, por apenas vino, vine etc». En cuanto a las comidas más frecuentes, tenemos: «Gachas, tor-

<sup>91</sup> Ibidem, p. 261.

<sup>92</sup> (I, 54, 1), p. 263; (I, 54, 2), pp. 191 y 224; (I, 54, 4), p. 213.

<sup>93</sup> Vid. entre otros estudios, GONZÁLEZ NÚÑEZ, F.: «Aproximación histórico-lingüística al léxico campesino de nuestra comarca», en Axarquía, n° 4, 1999, pp. 181-187; PERALES LARIOS, P.: «El habla de la Axarquía almeriense, puente entre el andaluz y el murciano», en Axarquía, n° 4, 1999, pp. 181-187; GARCÍA SORIANO, J.: *Vocabulario del dialecto murciano*, Madrid, 1931-2.

<sup>94</sup> Como tantas veces hemos repetido, «provincia», aquí, debe de entenderse como todo el Reino de Granada, en su conjunto.



Antonio José Navarro, naturalista ilustrado nacido en Lubrín, al que Rojas Clemente, de quien había sido maestro, admira y cita constantemente. (Dibujo de Emilio Sánchez Guillermo)

*tas, tallarines, orejas de fraile, andrajos o mandrajos: con estos nombres marcan una misma cosa en los varios pueblos del río Almanzora y Sierra de los Filabres, donde la comen mucho así como los gurullos: aletría llaman a unos fideos que hacen con las manos y comen».*

### VIII. SEMBLANZA AL VUELO DEL ABAD NAVARRO

Y como nobleza obliga, antes de salir definitivamente de Lubrín, Clemente tiene a bien dejarnos una escueta, aunque entrañable, semblanza de su admirado maestro Antonio José Navarro, nacido en este pueblo (de padre de Zurgena y madre lubrileña) el 18 de octubre de 1739 y muerto en Baza el 12 de mayo de 1797<sup>95</sup>. Si hemos de aceptar sus propias palabras, Clemente pensaba, con más tiempo por delante, realizar una extensa biografía

<sup>95</sup> A.J.B.M. (I, 9, 3), p. 12. Vid. también GUILLÉN GÓMEZ, A.: *Ilustración y Reformismo en la obra de Antonio José Navarro, Cura de Vélez Rubio y Abad de Baza*, I. E. A.-Revista Velezana, 1997.

de este hombre excepcional. Probablemente, uno de los más grandes representantes del movimiento ilustrado en todo el Reino de Granada. Los avatares por los que hubo de atravesar la vida del gran intelectual valenciano, a partir de entonces, no se lo permitieron. En cualquier caso, aquí queda el retrato quintaesenciado, sincero, casi una instantánea cazada al vuelo, del Navarro humanista y científico, vista al trasluz de la admiración que por él siente —en la distancia de tiempos y leguas— el que vino diciendo ser y llamarse Simón de Rojas Clemente. Como el propio Abad, otro incansable trotamundos, siempre en pos de la ciencia útil, de un inalcanzable proyecto de felicidad pública. Ambas, en definitiva, las metas más deseadas de la Ilustración:

*«Navarro, Ant<sup>o</sup>. José (natural de Lubrín)<sup>96</sup>: Abad de Baza antecesor del actual (1805): él re-*

<sup>96</sup> Con algunas correcciones de estilo, esta misma semblanza fue publicada por el mismo autor en su *Ensayo sobre las variedades de vid común que vegetan en Andalucía* (Imp. de Villalpando, Madrid, 1807): «Espero que nadie tomará a mal —escribe allí Clemente— que haya aprovechado esta ocasión para pagar a un hombre de tan raro mérito el tributo de mi admiración. En otra parte será más oportuna que aquí una relación circunstanciada de su vida y tareas

unió e inflamó en su Gabinete a los Centenos, al Maestrescuela y otros sabios<sup>97</sup>. Era profundísimo astrónomo, buen botánico y mineralogista, anticuario, humanista, etc. Su gabinete era una gran biblioteca, una excelente colección de producciones naturales del país; bien ordenada, y de antigüedades del pasado de Baza bien estudiadas y conocidas, y una academia de ciencias y virtudes: la amistad de los socios hacía esperar de su reunión grandes cosas, cuando la muerte repentina e inesperada de Navarro los dispersó a todos. Navarro había nacido en Lubrín. Su colección fue robada, destruida y despedazada con sus manuscritos. Sus amigos se han retirado al campo. Yo he visto al Maestro-escuela llorar como un niño cuando me leía en la historia de su enfermedad el juicio que había hecho de ella el Abad<sup>98</sup>. Yo he visto al Doctoral enternecerse muchas veces y aun casi siempre que nombraba al Abad. Navarro era generosísimo. Sus amigos dedicados ahora con entusiasmo a la Agricultura proponen en este ramo modelos que ojalá imiten los de Baza.

D<sup>a</sup> Juana Martínez Serna, vecina de Vélez Rubio, casada con un sobrino carnal del Abad Navarro y traductora del último tomo de Gil Blas, colectaba con alguna inteligencia producciones naturales p<sup>a</sup>. el Abad<sup>99</sup>. Este hombre hacía naturalistas a cuantos le rodeaban o tenían relación con él, no dejaba vivir a nadie porque le colectaran, y saltaba como un niño, cuando daba con una producción que aun no poseía. En sus últimos años se

literarias que ofrezco desde ahora a los amigos de la sabiduría. Si como espero puedo conseguir que se me franquee algún otro de sus manuscritos para cuando se publique la relación de mi viaje por el Reyno de Granada, lo insertaré en ella del modo que gusten los que no se desdenen de hacer este servicio a su patria por mi medio».

<sup>97</sup> Todos, canónigos de la Colegial de Baza, y todos, artífices y mantenedores de la Sociedad Económica de Amigos del País establecida en la misma ciudad. El Maestrescuela es don Pedro Álvarez Gutiérrez, otro auténtico paradigma de la Ilustración en el Sureste; los dos Centenos son hermanos: el Magistral, don Manuel, y el Doctoral, don Francisco.

<sup>98</sup> Clemente había conocido personalmente a estos canónigos durante el pasado otoño -1804-, a su paso por la ciudad de Baza. Ellos le pusieron en antecedentes, acerca de la obra del Abad Navarro, y ellos le franquearon algunos de los manuscritos de éste. El resto se los dio a conocer doña Juana Martínez Serna, en Vélez Rubio.

<sup>99</sup> Doña Juana estaba casada, efectivamente, con Bonifacio Fernández Navarro y la traducción a la que alude Clemente no es otra que la célebre novela del francés Le Sage, *Aventuras de Gil Blas de Santillana*, popularísima en aquella época. En 1787 se publicaron los cuatro tomos, traducidos por el Padre Isla. No obstante, a nivel comarcal, debió de correr manuscrita la traducción de doña Juana Martínez Serna, «docta sobrina» del Abad, y verdadera «rara avis» de mujer ilustrada, como el propio naturalista Clemente tuvo a bien reconocer, brindándole su sincera amistad. (Vid. carta de Bonifacio Fernández Navarro a Clemente, 29 de mayo de 1816, (I, 58, 1), p.16).

le entibió algo esta pasión por el deseo que le entró de obispar y por mezclarse algo en relaciones políticas. En 12 de mayo de 1805 hizo ocho años que ha muerto: murió de edad de 57 años en Baza. D<sup>a</sup> Juana posee varios manuscritos del Abad casi todos en forma de cartas sobre Antigüedades del país, Astronomía, Historia natural del Obispado (de Almería) etc. con algunos dibujos, pues dibujaba bien. En la Academia de la Historia parece que pararon varios trabajos que él envió; otra obra suya posee en Madrid Dn. Antonio Ugina, y suponen que el Conde de Floridablanca tiene otra; otros manuscritos suyos desaparecieron con su muerte. Dn. Julián Sánchez Morales que vive en Baza dicen que tiene también manuscritos del Abad. D<sup>a</sup> Juana Martínez conserva un pequeño herbario, que formaba bajo su dirección. Al Gabinete de Historia Natural envió el Abad muchas variedades de Amianto, cristal de roca, parece traído de Sierra Nevada, con cuerpos extraños y otras muchas cosas, entre otras parece que una buena colección de piedras pulimentadas<sup>100</sup>.

Como colofón final, Clemente nos aporta lo que tal vez fuera el último currículum relativo a la vida y obra de Navarro, habida cuenta de que el mismo ha sido realizado pocos meses antes de la muerte del Abad<sup>101</sup>. A saber:

«Títulos, méritos, grados y ejercicios literarios del Dr. Dn. Antonio Josef Navarro, Abad de la Iglesia Colegial de Baza, Obispdo. de Guadix.

Natural de Lubrín; 57 años de edad, y Diocesano de Almería.

Presbítero, confesor y predicador.

Once años de estudios mayores en arte, Theología y Escritura en la ciudad de Murcia, y Universidad de Alcalá.

Hizo varias oposiciones a las vice-presidencias y presidencias de Philosophía y Theología de la Academia de S. Quiteria, en Murcia, y todas las obtuvo.

Varios ejercicios en las dichas academias, y diferentes sermones predicados.

Grados de Bachiller en Artes y Teología, y de licenciado, Dr. y Mtro. en esta última facultad, nemine discrepante.

<sup>100</sup> Otro que poseyó importantes manuscritos de Navarro fue el abogado bastetano don Mariano Cossío, quien escribió una *Historia de Baza*, basándose en los apuntes del Abad. Por supuesto, se negó a facilitarle a Clemente los originales de Navarro, cuando aquél se los solicitó para ojearlos.

<sup>101</sup> (I, 54, 4), pp. 159-160.

*Por nombramiento del Obispo de Almería explicó 3 años Theología moral en la ciudad y vicaría de Vera.*

*Oposición a los curatos del Obispado de Almería, y se le confirió el de la parroquial de la villa de Olula del río, y posteriormte. el de la villa de Vélez Rubio, de último ascenso; los que sirvió 14 años, desempeñándolo todo a satisfacción de los pueblos y su prelado: como la comisión de examinar los clérigos y religiosos en rubricas, y para confesar y predicar, siendo teniente de Vicario y Juez Eclesiástico del último partido.*

*Examinador Sinodal del Obispado de Guadix.*

*Oposición a la Lectoral de la Cathedral de Almería, y fue propuesto a S.M. en primer lugar por un voto.*

*Otra a la Lectoral de la Colegial de Baza, y habiendo sido consultado a S.M. por todos votos, se le confirió.*

*Comisario y calificador del S. Oficio de la ciudad de Granada.*

*Prior, Arcipreste, y Cura ecónomo de la referida Colegial, por nombramiento del Obispo de Guadix.*

*Canónigo Dignidad de Thesorero de la misma Colegial de Baza.*

*En el año de 90 fue promovido a la dignidad de Abad de la propia Iglesia, que actualmte. gobierna.*

*Hace 33 años que sirve a la Yglesia en distintos ministerios y empleos, habiendo predicado varios sermones, así en su Yglesia como en otras, al Acuerdo de la Chancillería de Granada, una Quaresma al real Consejo de Hacienda, y dos sermones al de Castilla.*

*Más de 21 años que se emplea en comisiones reales utiles al publico.*

*Fue uno de los fundadores de las sociedades de amigos del país de Vera y Baza, y en esta secretario, y muchos años Director, e igualmte. es socio de la de Granada.*

*Subdelegado del Regio visitador en el Obispado de Almería.*

*Fue comisionado por la Real Junta de Caminos de Granada para la reparación de la carretera de levante, nombrándole para dicho efecto el Conde de Floridablanca, con independencia de la nominada junta.*

*Tambien le confirmaron en dicha comisión el Conde de Aranda y el Duque de la Alcudia, hoy Príncipe de la Paz.*

*En el año de 89 se le encargaron las obras del aprovisionamiento de las aguas de la rambla de Vélez Rubio, que conduxo por un canal de más de 6000 varas.*

*Es individuo de la real Academia de la Historia, en la clase de los correspondientes».*

